

BIENVENIDOS AL CLUB

I. Hodder (ed.): «*Archaeological Theory in Europe. The Last Three Decades*». Routledge. London-N. York. 1991. 318 pp. ISBN 0-415-06521-6.

La incansable actividad de I. Hodder nos ofrece esta vez un volumen en el que se reúnen una serie de análisis acerca de la situación de la Arqueología en diferentes países europeos. Su iniciativa, como editor del libro, consiste en proporcionar una visión «desde dentro» de los principios teóricos que regulan la enseñanza y la práctica de la Arqueología en cada nación, así como sus condicionantes históricos y políticos. Para ello, Hodder ha tenido el acierto de contar con especialistas locales, que no nos aseguran una objetividad —es un libro de opinión— pero sí una visión menos superficial y más comprometida de la que se esperaría de aquellos especialistas extranjeros que, aún trabajando en estos países, pertenecen a otros círculos académicos.

El libro tiene un marcado interés coyuntural, y aborda por vez primera la inevitable conjunción que empieza a producirse en la investigación de los distintos países europeos, en los que a todos los niveles las fronteras van siendo más implícitas que evidentes. Adelantándose a este hecho, el editor plantea ya la posible existencia de una arqueología continental, cuya personalidad debe forjarse en la comprensión de una enriquecedora diversidad y en la voluntad de individualización frente al entorno norteamericano y al dogmatismo soviético. Hodder intenta desterrar de esta arqueología europea tanto las concepciones positivistas como las procesuales, ofreciendo una alternativa arqueológica que, según él, debe ser histórica en su énfasis, marxista en la orientación y social en su construcción.

España (Vázquez Varela y Risch), Italia (d'Agostino), Grecia (Kotsakis), Francia (Cleuziou, Coudart, Demoule y Schnapp), Gran Bretaña (Champion), Escandinavia (Myhre), Alemania (Härke), Polonia (Kobylinski), Checoslovaquia (Neustupny) y Hungría (Laszlovszky y Siklódy) son los países representados en esta particular revisión, y aunque resultaría muy instructivo resumir cada una de las aportaciones, parece más indicado extraer aquellos rasgos que parecen marcar significativamente el rumbo de esta hipotética arqueología comunitaria, en la que por el momento se aprecia más una desigualdad ante el debate teórico que una convergencia entre iguales. Varios de los países analizados han pasado por situaciones de totalitarismo político, lo que en unos casos ha instrumentalizado la investigación, y en otros ha promovido la ausencia de planteamientos explícitos, y el desarrollo de un trabajo empírico aparentemente ciego. La estructura académica ha sido muy rígida en estos casos, y no ha favorecido el debate ni la competencia, cerrándose a los cambios o a las innovaciones internas o externas. De esta forma, la de estos países ha sido una arqueología personalista, marcada por las capacidades, intereses y tendencias de ciertos investigadores, más que por escuelas o instituciones. Las mayores diferencias en estos casos residen en la calidad de la investigación empírica, en unos casos más extensa y detallista que en otros. La progresiva «tolerancia» institucional a partir de los años setenta ha permitido, sin embargo, la aparición de grupos o individualidades que suponen una nueva sensibilización ante los planteamientos teóricos, y una posición crítica ante el positivismo tradicional.

Estas experiencias son muy distintas en otras naciones, como Gran Bretaña o los países nórdicos, donde el debate es un uso bien enraizado en la tradición académica, y donde, especialmente en el segundo caso, la línea esbozada por Hodder como modelo parece estar sólidamente implantada desde hace tiempo. La bibliografía escandinava sobre método, recogida por Myhre, asombra por su número y diversidad. Desde otra perspectiva, la propia experiencia italiana nos aporta una rica tradición en la que positivismo, fascismo y marxismo van

superponiéndose e imbricando fuertemente la ideología con el discurso empírico. Por su lado, los autores franceses señalan cómo la arqueología puede reducirse a un tipologismo exacerbado a pesar de convivir en un contexto en el que abundan las escuelas de pensamiento relacionadas con la historia o la antropología.

Estos «poderosos» pasados son, sin embargo, asumidos y analizados con vistas a formar un debate abierto en el que se cuente con todos aquellos que sintonicen con la necesidad de configurar una dinámica de trabajo en la que la discusión teórica bien fundamentada sea el principal nexo de unión. Podría pensarse que la entrada en este grupo supone una aceptación incuestionada de los sistemas de trabajo de la arqueología anglosajona. Sin embargo, en el libro se hace notar cómo en los diversos países las grandes síntesis de los arqueólogos británicos se han forjado en muchos casos sin consultar ni la bibliografía local ni el material de primera mano, lo que ha generado una justificada desconfianza. Es cierto que, cuando hablamos del «aislamiento» de los especialistas en zonas alejadas de los principales centros de investigación, habría que hacer notar que muchas veces son éstos los que no han prestado atención alguna a los logros científicos de aquellas áreas. Härke lo señala con gran claridad: «When British palaeobotanists and archaeologists got their environmental bandwagon rolling in the early 1970s, they virtually reinvented the wheel, because they were not aware of the relevant research that had been done in German-speaking countries in the preceding decade» (p. 202).

Pero el análisis del pasado efectuado en este libro es sólo una reflexión que, en realidad, tiene como intención prepararse para el nuevo marco que regirá la arqueología europea en un futuro más o menos inmediato, y en el cual el «estilo» nórdico-sajón parece abrirse a colegas de otros países que, por el momento, deben participar en posición de desventaja —renuncia al propio idioma, lejanía de los centros de discusión, dificultad de recursos, etc.—, sintiéndose más invitados que miembros de pleno derecho en este prestigioso círculo. La finalidad parece clara: en un momento en el que los proyectos de investigación y de gestión del Patrimonio van a regirse a nivel continental, es necesario crear un grupo lo suficientemente amplio y ejecutivo como para acceder a la conformación de una alternativa frente a las estructuras más tradicionales. Algunas líneas de trabajo práctico han sido ya expuestas por Kristiansen (1990: «National archaeology in the age of European integration». *Antiquity*, 64: 825-8), y Hodder es muy claro en este sentido cuando afirma en otro lugar: «In order to avoid simply a new intellectual elitism, we will need to break down old dichotomies even if it means having to make our hands grubby in the real dirt of ages and in the full rage of contemporary structures of power through which that dirt is excavated and cleaned for modern consumption» (Hodder, 1989: «Comments on Archaeology into the 1990s». *Norw. Arch. Rev.*, 2 (1), p. 18). La creación del Grupo de Arqueología Teórica o la incipiente Asociación Europea de Arqueólogos parecen ir en este sentido.

Y es que, en efecto, es la arqueología tradicional la que sigue manteniendo una fuerza destacada, tanto en la enseñanza como en las excavaciones sistemáticas o de urgencia, que son las que movilizan mayor cantidad de dinero público y privado. Las grandes exposiciones, otro de los elementos de mayor inversión y proyección, intentan transmitir un mensaje elitista, en el que tanto micénicos como celtas suponen las primeras versiones de la Europa actual, con brillantes culturas, complejas estructuras sociales y relaciones comerciales a larga distancia, rasgos todos ellos que deben caracterizar a la CE.

En este marco, es difícil no seguir cayendo en los defectos tradicionales de instrumentalización política que tanto han marcado hasta ahora la investigación, cambiando quizás ahora el protagonista de un nivel nacional a otro continental. Hodder y el resto de los autores del libro son conscientes de este problema, y así lo expresan repetidamente. Sin embargo, hay un aspecto que nadie toca en el volumen, y cuyo análisis sería fundamental para conocer la actitud que mantendrán los países europeos en el futuro. Es el referido a las «misiones» arqueológicas fuera de los límites continentales, habitualmente en áreas donde la espectacularidad de los restos contrasta con una pobre realidad contemporánea. Aunque cuestionadas, el número de estas misiones es aún muy elevado, y puede servir de espejo de la intencionalidad europea.

Se trata, por tanto, de la formalización de un nuevo panorama de la arqueología en Europa, en el que la movilidad y la competitividad van a entrar en un juego en el que hasta ahora dominaban el estatismo y la ausencia de crítica. Este panorama es nuevo, y la dificultad de su formalización reside tanto en el rumbo que adopte la arqueología como en el peso que ésta consiga tener en los niveles de enseñanza, gestión y política, en definitiva, en cómo resuelva su difícil compromiso social. Las experiencias enormemente diferentes de cada país no cabe duda de que pueden configurar nuevas tendencias distintas a las procesuales o a las post-procesuales que han marcado la investigación «occidental». En cualquier caso, y como también señala Härke, el futuro promete ser mucho más interesante que el pasado reciente.

TERESA CHAPA BRUNET
Departamento de Prehistoria.
Universidad Complutense. Madrid.

VITOR OLIVEIRA JORGE, JOAO PEDRO DA CUNHA RIBEIRO, SUSANA DE OLIVEIRA JORGE, ARMANDO COELHO DE FERREIRA DA SILVA, JORGE DE ALARÇAO E JOSE D'ENCARNAÇÃO: «Portugal: das origens a romanização». En Joel Serrão e A. H. de Oliveira Marques (dirs.): *Nova História de Portugal*. vol. I. Ed. Presença Lisboa, 1990, 558 pp., 13 mapas, 16 láms. sin numerar, 82 figs. e índice analítico. ISBN 972-23-1313-4.

Se contaba con síntesis regionales sobre la Prehistoria e Historia Antigua de Portugal publicadas en los ochenta. Faltaba, en cambio, una obra de conjunto que actualizara los recientes desarrollos de la Arqueología en ese país. Damos la bienvenida a esta primera propuesta.

El libro tiene tres partes de tratamiento desigual en cuanto a la extensión y documentación complementaria, así como a las orientaciones de los autores. La primera, la Prehistoria, consta de un capítulo sobre los primeros habitantes (59 pp.) y cuatro sobre los períodos post-paleolíticos (180 pp.). La segunda corresponde a la Edad del Hierro (82 pp.) y la tercera al dominio romano (144 pp.). Las cuestiones interpretativas se circunscriben a la Prehistoria post-paleolítica, inserta en la problemática de las ciencias sociales y ambientales (pp. 254). El resto de la obra es historiográfica.

La división tripartita en Prehistoria, Protohistoria e Historia Antigua corre siempre riesgos de desigualdad en el tratamiento; las dos primeras o son «arqueológicas» o no son. La última puede existir sin la Arqueología, y este libro es una prueba. La lectura de la parte dedicada a la presencia romana aunque, como en nuestro caso, se realice desde una visión no especializada —dato éste que usaremos, junto con el de la propia especialización de esta revista, para justificar el hecho de que este comentario se centre en las dos primeras partes del libro— nos demuestra una distancia que parece excesiva para una misma obra. El mundo romano se estudia como si su interacción con el mundo indígena no se hubiera producido o no hubiera sido significativa. Así son los aspectos políticos (p. 345) e institucionales los resaltados, siendo limitadas y tangenciales las alusiones a las sociedades autóctonas.

El capítulo de «Los primeros habitantes», firmado por J. P. Cunha Ribeiro, está marcado por el impresionante peso que, en Portugal, ha llegado a alcanzar la «tradición» sobre los estudios de Paleolítico. La primera razón es sin duda la temprana llegada de Breuil, quien publicó sobre Paleolítico portugués entre 1918 y 1959. Una figura de su importancia y más de 40 años de trabajo, no tienen más remedio que dejar impronta. Esta se concretó en G. Zbyszewski, geólogo que aprendió de Breuil, publicó con él y como él ha continuado haciéndolo del mismo modo hasta hoy.

La influencia de ambos autores ha sido tan fuerte que incluso las nuevas generaciones, con declaraciones de principios opuestas a Breuil, caen en los mismos vicios, cuestionados y superados en los demás países hace décadas: ausencia de enfoques teóricos o metodológicos, uso de términos equívocos como *in situ* y «en place», consideración de «suelos arqueológicos» para superficies de terrazas de ríos, agrupación de industrias líticas por «pátinas» o «rodamientos», incluso por «materias primas», y un largo etc. bastante descorazonador.

Ribeiro se enfrenta a este cúmulo de antiguas antigüedades con cierta valentía, y pretende sacar algo claro de todo ello, pero las conclusiones a las que va llegando no pueden impedir que el lector se plantee la inutilidad de un siglo de investigaciones.

Para el Paleolítico más reciente es también recurrente el empleo de los fósiles directores como base para las atribuciones culturales y cronológicas, con una casi total ausencia de verdaderos lugares de ocupación. Aún así, el francés Roche, en los años sesenta y setenta, demostró la existencia en Portugal de todas las fases del Paleolítico Superior definidas en Francia. Ya en los ochenta, un portugués de la nueva generación revisa las colecciones y concluye que prácticamente todo es «Solutrense». Ante esto, no hay más remedio que volver a preguntarnos sobre la validez de los datos de base, y comprobar que los yacimientos que fueron descubiertos y «prepublicados» a principios de siglo, no han sido reexcavados, que los planteamientos no se han modificado, y que los mejores de Portugal se han limitado a revisar colecciones de contexto inexistente. Las excepciones, demasiado escasas y llenas de particularismos (muchas Tesis y trabajos de curso fotocopiados sin publicar), no les permiten a Ribeiro lucirse todo lo que hubiera querido.

Al final del texto, el autor reconoce su pobreza y apoya su utopía de futuro en «dataciones precisas». Pero

T. P., 1992, nº 49

nos preguntamos qué es lo que podrían llegar a datar sino montones de piedras talladas que tal vez nada tuvieron que ver unas con otras y que, si lo tuvieron, si tuvieron contexto, lo perdieron hace tiempo.

Los capítulos de S. Oliveira Jorge plantean una novedosa lectura funcionalista de la secuencia arqueológica tradicional. Durante el primer período (Epipaleolítico a Neolítico Antiguo evolucionado: 9000/8000-3800/3700 a. C.), el medio ambiente es un factor determinante en las respuestas culturales entendidas como adaptación (p. 75). La neolitización se explica siguiendo a Zvebil y Rowley-Conwy. Ahora bien, la falta de pruebas más allá de las tipológicas (cerámica o útiles relacionados con las actividades agrícolas) para identificar ese proceso lleva a concederles el valor de indicadores económicos (p. 89) del que se admite que carecen (pp. 94-5).

El segundo período corresponde a la «Consolidación del sistema agro-pastoril» (Neolítico Medio y Final: 3800/3700-2700/2500 a. C.). La regionalización actual de Portugal, con el potencial agrícola de cada zona (p. 109), y no el modo específico de explotación económica y social de los grupos que las ocupan, sirve para explicar las estrategias de poblamiento y subsistencia. Las asimetrías resultantes (p. 121) provocan en las zonas más fértiles un crecimiento demográfico que favorece la ascensión de linajes. Su interacción supra-regional es la fuente de la desigualdad y competencia que definen las condiciones sociales de los siguientes períodos (p. 161): «desarrollo de la jerarquización social y la metalurgia» (2700/2500-1800/1700 a. C.) y de «complejidad de las sociedades insertas en una amplia red de intercambios» (Edad del Bronce: 1800/1700-700 a. C.). En ellas, el rasgo más característico es la creciente importancia concedida al comercio para el poblamiento y la consolidación de élites progresivamente individualizadas, así como la ampliación de su ámbito a las redes de intercambio atlánticas, primero, y mediterráneas, después (pp. 213 y 236).

Esta interpretación de la Prehistoria va acompañada de una puesta al día de la información arqueológica que deja clara las dificultades que existen para su confrontación con la secuencia evolutiva expuesta. Cuando hay algunas posibilidades de lograrla, tampoco parece poder escaparse del planteamiento previo por la polisemia de los indicadores arqueológicos. Así la proliferación de comunidades con distinta identidad cultural (p. 167) puede no verse acompañada de rupturas significativas en la cultura material (p. 173). Pero, por otro lado, en grupos que ocupan áreas contiguas y están siempre en contacto, la cultura material puede ser o diferente por la necesidad de preservar a toda costa su respectiva autonomía cultural (p. 191) o, alternativamente, presentar una falsa unidad para, de forma paradójica, «disimular» su especificidad cultural (p. 251).

No vamos a entrar a discutir la conveniencia de una orientación ecologicista. Ahora bien, siendo ella la adoptada, se echa en falta una discusión diacrónica sobre la escala del ecosistema a tener en cuenta, sobre todo cuando lo que se define es un proceso creciente de centralización política y de especialización funcional. Todo ello contrasta con el interés en la compartimentación cronológica. Ni el registro arqueológico disponible, ni su lectura en clave de «arqueología social» justifican las fases propuestas (p. 225).

En la segunda parte del libro, A. Coelho de Ferreira da Silva distingue una Primera y Segunda Edad del Hierro que estudia en dos áreas divididas por el río Tajo (p. 263), diferenciadas en principio por el grado de incidencia en cada caso del reino de Tartesos y de las colonizaciones fenicia, púnica, itálica y romana, así como la de los grupos meseteños. Se acompaña por la búsqueda de textos de autores clásicos que apoyen tanto las transformaciones (p. 355), como la identificación de las distintas etnias.

De modo general, resalta la desigualdad notoria entre los diferentes autores, manifiesta en el tratamiento ideológico, en el lenguaje empleado, en las conclusiones, en el peso concedido a la investigación pasada y en los esfuerzos por superar la identificación entre cronología y cultura. En este sentido, estamos muy de acuerdo con V. O. Jorge cuando, en una recensión de los capítulos 2, 3, 4 y 5 (p. 252), concluye que el cuadro que se consigue trazar es más del dominio de lo plausible que de lo científicamente validable.

Tal vez ese esfuerzo sea uno de los rasgos más positivos de este libro. Es clara su utilidad para todos aquellos que pretendan conocer los períodos más antiguos de la Historia de Portugal. Se evitan las listas de yacimientos y materiales tan generalizadas en las obras de conjunto, buscando una lectura distinta del registro. Esta experiencia deja planteados problemas como el valor que debe concederse a la variabilidad regional, el tratamiento que merece la sincronía entre distintos grupos culturales con el mismo o diferente grado de complejidad o el manejo en Arqueología de las fuentes literarias. Además queda patente la dificultad de utilizar unos datos escasos, dispersos, descontextualizados y seleccionados con distintos criterios para explicar con éxito una secuencia evolutiva desde una perspectiva moderna.

M. ANGELES QUEROL
Departamento de Prehistoria.
Universidad Complutense. Madrid.

M.^a ISABEL MARTINEZ NAVARRETE
Departamento de Prehistoria.
Centro de Estudios Históricos. CSIC. Madrid.

Geoffrey A. Clark (ed.): *Perspectives on the past: theoretical biases in mediterranean hunter-gatherer research*. University of Pennsylvania Press. Philadelphia, 1991. 538 págs., 20 figs. ISBN: 0-8122-8190-X.

Uno de los legados más apreciables —y sin embargo más problemáticos— de la «Nueva Arqueología» es la tendencia hacia una concepción autotrascendente del trabajo arqueológico. La insistencia en una legitimación filosófica del conocimiento arqueológico y la concepción de éste como parte de un saber generalizador y universalista (la Antropología), fomentaron la inclinación de los autores más comprometidos a presentar su trabajo arqueológico enfatizando su valor como experiencia epistemológica, su contribución al conocimiento de las leyes universales del comportamiento humano, o ambas cosas a la vez. En cualquiera de estos casos, el sentido de la producción arqueológica no se agota en los objetivos inmediatos de ésta (el estudio de un yacimiento, una fase o área cultural, un problema técnico, etc.), sino que viene dado desde fuera: desde el campo de la Filosofía de la Ciencia o el de la teoría antropológica. Desde el punto de vista de las prácticas editoriales, esta tendencia contribuyó a generalizar la publicación de libros colectivos, cuyas contribuciones venían agrupadas bajo lemas muy distintos de los tradicionales motivos histórico-culturales.

El libro editado por G. A. Clark participa plenamente de esta tradición. En primera instancia, las numerosas contribuciones que lo forman responden a un objetivo puramente arqueológico: presentar trabajos recientes sobre el paleolítico y mesolítico de la cuenca mediterránea. Pero ya desde el título se informa al lector de que el sentido de la selección no se agota aquí. El referente real del libro no es la prehistoria pre-neolítica del Mediterráneo, sino la propia investigación sobre ella. Es decir, el tema arqueológico es más un pretexto para una aproximación crítica a la investigación prehistórica que un mero tópico empírico para un volumen informativo sobre «el estado actual de los conocimientos».

El motivo central de esta aproximación crítica son los «sesgos teóricos» (*theoretical biases*) que los arqueólogos imprimen a sus visiones del pasado, a partir de los puntos de vista que mantienen sobre determinadas cuestiones fundamentales de su trabajo. De acuerdo con el ensayo introductorio del editor (pág. 7), estas cuestiones van desde asunciones generales sobre «la naturaleza de la cultura y el comportamiento humano en el pasado» hasta «diferentes visiones de los procesos diagenéticos que han transformado los registros arqueológicos y paleontológicos», pasando por diferencias en la sistemática empleada para abordar los problemas de investigación.

La noción de «sesgo teórico» que da sentido al libro está subordinada al concepto kuhniano de «paradigma», que forma el núcleo filosófico del proyecto e incluso el tema explícito de varios artículos. Esta vinculación con la concepción kuhniana de la investigación científica y su historia, explica en gran parte la orientación de la obra y, como veremos, algunas de sus limitaciones.

En primer término, la «concepción paradigmática» del desarrollo de la arqueología informa el enfoque crítico del libro. La historia de la arqueología es concebida como un proceso kuhniano de «revolución científica», en el cual un «paradigma científico» se opone a sus predecesores «metafísicos». De acuerdo con la tradición neo-arqueológica, el primero se identifica con la arqueología neo-positivista («científica» o «procesual») y el segundo con el «paradigma histórico-cultural».

Naturalmente, la situación a comienzos de los años noventa no es la misma que en los tiempos del ascenso de la «nueva arqueología». El neopositivismo arqueológico, entendido como la conjunción de una visión epistemológica cientifista de la metodología arqueológica y una teoría funcionalista (en sentido amplio) de la cultura, ha conquistado la posición de «paradigma dominante», al menos en el mundo académico anglo-sajón (más que en el de la práctica arqueológica). Paradójicamente, esto no ha significado la erradicación del «paradigma histórico-cultural», que de una forma u otra sigue siendo la norma de la gran masa de la práctica arqueológica. Por otra parte, la propia posición dominante del procesualismo ha suscitado su transformación en objeto de una nueva crítica (la «crítica radical») y su predominio es puesto en cuestión por nuevos «paradigmas emergentes».

Por último, el paradigma procesual no ha conquistado la misma posición dominante en la Europa continental, donde la investigación es aún dirigida por formas del paradigma tradicional de manera casi indiscutida. Esto es especialmente así en el caso de los estudios sobre el paleolítico franco-ibérico, en los que la tradición francesa

desempeña funciones paradigmáticas de forma muy sólida, ejerciendo una resistencia muy superior a la que el procesualismo ha encontrado en el campo de la prehistoria reciente.

En consecuencia, el «paradigma científico» requiere una «defensa», y más aún en el caso de arqueólogos procesualistas norteamericanos que escriben sobre el paleolítico de Europa occidental. En este sentido, el libro forma parte de una amplia reacción del procesualismo, de la que puede ser ejemplo, en lo que se refiere a la Prehistoria reciente del Mediterráneo, el recientemente publicado *Emerging Complexity* de R. W. Chapman, en cuya introducción podemos leer similares declaraciones defensivas.

Esta defensa debe ser tanto teórica como práctica. El procesualismo no se puede mantener solamente denunciando las insuficiencias más obvias de la tradición histórico-cultural y del normativismo. Debe mostrar su capacidad positiva para resolver los problemas de la investigación tal como están realmente planteados en cada área de interés, lo que en estrictos términos kuhnianos sería «reducir las anomalías» de los demás paradigmas a «aplicaciones» del propio. Este es el enfoque de *Perspectives on the past*: en palabras del editor, el libro constituye una muestra y una defensa de una cierta forma de arqueología moderna, que ve este campo como una empresa científica que es parte del legado positivista de la ciencia occidental (pág. 18). En este sentido, constituye una «respuesta moderada a la crítica radical y a la profusión de arqueologías "alternativas"» (*Ibidem*).

De acuerdo con estas ideas, expuestas por G. A. Clark en su introducción, el libro (que tiene su origen en un simposio celebrado en 1988 en Phoenix, Arizona, bajo los auspicios de la *Society for American Archaeology*) se estructura en cuatro partes: una «general», en la que se tratan problemas teóricos y metodológicos que afectan al propio enfoque de la arqueología de los cazadores-recolectores en el Viejo Mundo, y otras tres de carácter regional, en las que se agrupan diversos estudios de caso con criterios geográficos: área franco-ibérica, Italia-Chipre y la fachada mediterránea del Oriente Próximo.

La primera parte, bajo el título de «*Paradigmatic biases in hunter-gatherer research*», recoge cuatro ensayos de carácter general, que abordan la definición de la investigación sobre los cazadores-recolectores en el ámbito mediterráneo como un campo de confrontación paradigmática. En dos de los casos (los artículos de G. A. Clark y L. G. Strauss) esta caracterización toma la forma de un autoexamen de los autores acerca de su experiencia en la confrontación de su formación antropológica y su orientación positivista y funcionalista con campos de estudio y series de datos estructuradas de acuerdo con presupuestos historicistas y criterios estrictamente morfo-tipológicos. El ejemplo típico de esta confrontación puede encontrarse en el siguiente párrafo de Strauss (pág. 60):

«The Solutrean collections were not just ensembles of artistic objects to be ordered into theoretical phases, as many predecessors had done (e. g. Jordá, 1955, Corchón, 1971); they were part of the residues of the activities of prehistoric hunter-gatherers in different places of the Würm Upper Pleniglacial landscapes —activities involving subsistence procurement and processing, artifact manufacture and maintenance, feature construction, etc., by different kinds of work groups, at different seasons and in different habitats».

Una gran parte de los problemas tratados en el libro pueden reducirse a los términos de este ejemplo: el enfoque morfo-tipológico europeo da lugar a anomalías, como las planteadas por el «problema solutrense». La recuperación de un enfoque funcional del registro arqueológico «reduce» estas anomalías a situaciones predictibles y bajo estricto control teórico. Así, la imposibilidad de una organización cronológica consistente del solutrense franco-cantábrico resulta comprensible cuando se adopta una interpretación tecno-funcional de la variabilidad lítica.

El problema, como ya se ha dicho, es que la totalidad del campo de estudio de la prehistoria europea continental está estructurado —no sólo en lo que se refiere a la interpretación histórica de la evidencia, sino a la propia evidencia— conforme a patrones de investigación que dificultan la aplicación directa de un enfoque tecno-funcional y adaptativo-ecológico. Una parte del esfuerzo debe dedicarse, por lo tanto, a la caracterización y la crítica de esos paradigmas que los autores del libro no dudan en calificar de «indígenas». Como veremos, la elección del término es bastante reveladora de la percepción de la situación que impregna la mayor parte de los artículos.

El trabajo de J. R. Sackett, con el que concluye la «parte general» de la obra, es un esfuerzo sistemático por presentar el núcleo paradigmático de la tradición europea en una perspectiva histórica. Este núcleo se encuentra en la tradición francesa de estudios paleolíticos y ha sido caracterizado por Strauss y Clark como «*paradigma filogenético*». Lo que es el Paleolítico europeo, y las resistencias que presenta a su «reducción» por el paradigma procesual, se explican en gran parte por la historia de la tradición francesa que arranca de Breuil. Los rasgos fundamentales del paradigma filogenético, tal como ha sido caracterizado por Clark y Strauss, son cuatro (pág. 111):

- (1) universalidad de la secuencia industrial clásica del Perigord.
- (2) el objetivo de la investigación es el establecimiento de un esquema taxonómico que contiene una secuencia temporal unilineal de fases industriales.
- (3) estas fases están «normativamente» construidas como agregados de rasgos.
- (4) se asume que estas fases industriales son etno-culturalmente significativas, es decir, que son la expresión material de grupos étnicos específicos.

Las consecuencias de la intervención de estos principios en la dirección de la investigación no se refieren tan sólo al énfasis en una práctica clasificatoria escolástica (pág. 110), sino que determinan fuertemente los resultados de esta práctica. Así, por ejemplo, la adopción de un enfoque normativo en la segregación de fases industriales, dentro de un marco rígidamente unilineal, otorga a la variabilidad lítica un significado casi exclusivamente cronológico (pág. 111), como ilustra el caso citado del «problema solutrense».

En su artículo, Sackett hace un esfuerzo considerable para criticar las simplificaciones de esta reconstrucción de la tradición paradigmática francesa. Para él, el paradigma filogenético no es una mera versión «*french style*» del «normativismo» antropológico tal como lo caracterizó Binford en su crítica. En realidad, este equívoco es el principal obstáculo para una comprensión de la prehistoria europea por parte de los procesualistas norteamericanos. Se trata, más bien, de una forma diferente de concebir la investigación prehistórica, a partir de su parentesco genético con la paleontología. Las nociones vitalistas a priori sobre la evolución tecnológica, que para Clark y Strauss fundamenta el paradigma filogenético, como parte de su naturaleza metafísica y precientífica, esconden en realidad, para Sackett, una metáfora orgánica para la evolución cultural. En consecuencia, las entidades taxonómicas producidas por los prehistoriadores franceses no tienen un significado etno-cultural inmediato, sino que se remiten analógicamente a los «phyla» de los paleontólogos, bajo una terminología sólo superficialmente etnológica, pero vacía de contenido antropológico:

«What do the industrial taxa generated by French prehistorians actually mean? What do they explain? (...) the answer in short is «nothing» —at least in the sense that most American archaeologists seems to conceive of meaning and explanation. French straight archaeology is an essentially descriptive and classificatory science of the archaeological record, grounded in extreme positivism» (pág. 136).

La tesis de Sackett es, pues, que las dificultades de articulación entre las tradiciones americana y europea provienen de un problema básico de «sentido», producido por aproximaciones radicalmente diversas en su origen. Los prehistoriadores americanos se conciben a sí mismos como antropólogos, mientras que los europeos tienden a trabajar *como si* fuesen paleontólogos. De aquí la importancia de conceptos como el de «*fossil directum*» que resultan prácticamente ininteligibles fuera de la tradición europea. Pero estas divergencias afectan más al uso que unos y otros hacen de un acervo terminológico común: «cultura», «tribu», «estilo», «función»...

La aproximación de Sackett es muy reveladora, en lo que tiene de crítica de la propia percepción de los prehistoriadores antropológicos norteamericanos, de una serie de «sesgos teóricos» que operan por debajo de la propia consciencia explicitada en el libro. Este hecho queda más claro cuando analizamos las partes subsiguientes del mismo, dedicadas a estudios de caso agrupados regionalmente. Por razones de espacio no puedo referirme con detalle a cada una de estas partes, por lo que me limitaré a comentar la segunda, titulada «*Paradigms for the Franco-iberian Paleolithic and Mesolithic*».

Esta segunda parte recoge cinco artículos de los que sólo uno (el de M. González Morales) ha sido encargado a un prehistoriador «indígena», y otro (el de H. J. Dibble y A. Debénath) es un trabajo de colaboración «interparadigmática». Esta escasa presencia de «indígenas» es una característica del libro, y se diría que su papel es meramente testimonial (al margen del valor intrínseco de sus aportaciones): cada parte tiene su propio «indígena» (A. Bieti para Italia y Bar Yosef para Próximo Oriente) pero resulta aún más llamativa la escasa presencia bibliográfica de las tradiciones autóctonas. Si el propósito general del libro era forzar a los autores a explicitar sus propios sesgos teóricos (palabras del editor en la pág. 411), puede decirse que uno de los más evidentes es su indiferencia por la producción de sus colegas de las regiones en las que trabajan y por sus tradiciones de investigación.

En muchos casos, los problemas se discuten al margen de toda referencia a estas tradiciones. Así, por ejemplo, en el artículo que abre la segunda parte, C. M. Barton discute la cuestión de la variabilidad lítica en el Paleolítico Medio desde una perspectiva general, oponiendo sus propias alternativas a lo que denomina «paradigma industrial». Esta discusión se ilustra con un «iberian case study compared», en el que se trata la variabilidad lítica diferencial de los conjuntos industriales procedentes de «tierras altas» y «bajas». Desgraciadamente esta

T. P., 1992, nº 49

variabilidad no es referida a ningún yacimiento, ni tiene mayor precisión geográfica, y el autor sólo se remite a sus propios trabajos para describirla. ¿Debemos suponer que ningún autor español o francés ha dicho nunca nada de interés sobre este tema? Quienes «desde dentro» somos muy críticos con respecto a nuestra propia tradición estamos dispuestos a creerlo, pero, en cualquier caso, no me parece que debamos aceptarlo como algo dado, que no requiere explicación alguna.

La situación es algo más suave en el caso del artículo firmado por F. B. Harrold, en el que se discute el problema de la transición entre el Paleolítico Medio y el Superior en el Sudoeste de Francia. Este autor parece compartir los puntos de vista de Sackett sobre el paradigma francés:

«my reading of and conversations with French prehistorians have convinced me that, in most cases, a "literal" reading of this standard, received methodology would be misleading» (pág. 176).

Las tradiciones francesa y americana se refieren a universos conceptuales tan diferentes que, incluso al tratar de un mismo problema (la transición Paleolítico Medio/Superior) en términos de una misma contraposición formal (continuidad/discontinuidad), se remiten a diferentes planos de la realidad. Los prehistoriadores franceses enfocan la cuestión desde una óptica taxonómica, que les hace más proclives a aceptar implícitamente modelos rupturistas y a aceptar las vinculaciones del cambio cultural con el cambio biológico. Por su parte, los prehistoriadores norteamericanos tienden a abordar la cuestión desde la perspectiva de los cambios en la conducta humana, lo que provoca una mayor inclinación a modelos de continuidad. En cualquier caso, Harrold es optimista con respecto a las posibilidades de acuerdo interparadigmático potencial, derivados del contacto entre ambas tradiciones (pág. 174). Una ilustración de las posibilidades de este acuerdo es ofrecida en el artículo firmado por H. J. Dibble y A. Debénath. La experiencia de estos autores es que los paradigmas americano y francés pueden funcionar como complementarios en el marco de proyectos de colaboración.

El artículo de P. G. Chase trata también el problema de la transición entre el Paleolítico Medio y el Superior, esta vez desde el punto de las prácticas de subsistencia, y muestra otra posible situación de contacto interparadigmático. La propia ausencia de toda referencia a tradiciones de investigación locales o a sus resultados es significativa en relación con el problema que se viene discutiendo: la prehistoria europea no se ha visto impelida a tratar el problema de los cambios en las estrategias subsistenciales. El silencio es pues el único comentario posible a la posición del «sustrato indígena» en lo que se refiere a esta cuestión.

Un caso completamente distinto es el representado por la contribución de I. Davidson, en la que la crítica al «paradigma indígena» es un objetivo explícito. En este caso el autor se refiere a su propia experiencia en el trabajo sobre el final del Paleolítico Superior en España. Su opinión sobre el tema queda bastante explícita en el título de su artículo: «*A great thick cloud of dust*», que tiene su origen en una cita cervantina. La fijación de los marcos de trabajo de los prehistoriadores españoles, directamente derivados de los franceses (pág. 199), en parámetros histórico culturales y morfo-tipológicos, para los que el principal componente de la variabilidad en el registro arqueológico es el tiempo, provoca paradojas como la presencia en amplias zonas del interior de España de testimonios artísticos del Paleolítico Superior sin que existan testimonios de las industrias esperables desde el punto de vista del paradigma tradicional. Naturalmente, esto sólo resulta paradójico desde el punto de vista «indígena», al igual que ocurre con las contradicciones entre las dataciones radiocarbónicas y las cronotipologías tradicionales. Davidson reclama el abandono del paradigma tradicional, no sólo en lo que se refiere a «entidades fantásticas», como el Solutrense considerado como «cultura», sino en lo que se refiere a los métodos mismos de investigación, clasificación, representación e interpretación de la variabilidad arqueológica (pág. 202). Esto es, al fin y al cabo, lo que exige un «cambio de paradigma» en el sentido kuhniano.

Probablemente, la vehemencia con la que Davidson llama al abandono de las tradiciones indígenas es fruto de su experiencia directa del carácter evidentemente refractario de la Prehistoria española ante los enfoques tecno-funcionales. Los prehistoriadores locales son vistos como quijotes que imaginan poderosos ejércitos fantásticos bajo la espesa nube de polvo levantada por simples ovejas sobre el camino. Si aceptamos la analogía, podemos imaginar los sentimientos de los prehistoriadores norteamericanos, reducidos a la humilde condición de sensatos escuderos, al ver a sus anfitriones lanzarse contra rebaños de ovejas pertrechados de una armadura bordesiana.

La prueba de que esto no es totalmente así la encontramos en la única aportación indígena a esta segunda parte. El artículo de M. González Morales discute algunos aspectos de la transición del Paleolítico Superior al Mesolítico en el área Cantábrica. La discusión se plantea como una crítica al modelo funcionalista de Clark y Strauss y sus resultados empíricos, especialmente en lo que se refiere a la cuestión de las relaciones entre el aziliense y el asturiense. Esta crítica no revela incompreensión del paradigma procesual, sino que demuestra la capacidad de transformación de la tradición europea. González Morales critica el modelo de continuidad

evolucionista desde la perspectiva no ya de meras consideraciones taxonómicas sino de un modelo rupturista basado en proposiciones tomadas del marxismo estructural. Lo interesante es comprobar cómo esta crítica reproduce las líneas de fuerza de la contraposición paradigmática, sin que quepa considerarla una mera repetición de planteamientos anteriores. A mi juicio, esto revela algo sobre el mismo planteamiento del libro: la insuficiencia de la representación paradigmática de la situación levantada por los procesualistas norteamericanos ante la real complejidad de los discursos arqueológicos del contexto europeo. La oposición de González Morales a Clark y Strauss se estructura en torno a la dicotomía naturalismo/historicismo. No se critica la interpretación tecno-funcional de la variabilidad arqueológica, ni el enfoque ecológico para la interpretación de las pautas de subsistencia, sino el reduccionismo del modelo de la presión demográfica para el cambio cultural, invocado en última instancia por toda explicación funcionalista, y la omisión de lo social y lo ideológico, de la historia en suma, en el discurso procesual.

Quizás los prehistoriadores indígenas pudiéramos un día considerarnos legitimados para ver a algunos de nuestros colegas procesualistas como neo-quijotes que, vistiendo una armadura binfordiana, se lanzan sobre el polvo de la historia, imaginando bajo él fantásticos ejércitos de sistemas naturalmente autorregulados, en lugar de simples hombres y mujeres, con sus creencias, deseos y conflictos.

En cualquier caso, el libro que comentamos queda como un testimonio importante, que debe hacer reflexionar a los paleolitistas indígenas sobre su forma de entender la investigación. Más allá de algunos aspectos incómodos —yo diría una cierta sospecha de imperialismo, latente en las valoraciones del contexto europeo por estos procesualistas norteamericanos que explican su trabajo a otros procesualistas norteamericanos— el libro ofrece un valioso espejo en el que el inmovilismo indefendible de muchos de nuestros prehistoriadores debe contemplarse.

JUAN MANUEL VICENT GARCIA
Departamento de Prehistoria.
Centro de Estudios Históricos. CSIC.

Estudos Arqueológicos de Oeiras. Vol. 1. 1991. Cámara Municipal de Oeiras.

Atendiendo a uno de los objetivos perseguidos por el comité de redacción de *Trabajos de Prehistoria* en esta sección de la revista, tengo la oportunidad de presentar el primer volumen de una serie recién llegada al proceloso mundo de las publicaciones arqueológicas.

Me resulta grato servir de reflejo a su aparición por varias razones: en primer lugar, por el simple hecho, siempre merecedor del aplauso, de la propia existencia de un nuevo órgano de difusión de las investigaciones y necesidades del patrimonio arqueológico en cualquier lugar del mundo. Pero además, porque ese lugar es Portugal. El panorama editorial dedicado a la Arqueología en ese país, parece moverse en estos momentos en una —esperemos que circunstancial— languidez, provocada entre otras cosas, por la dolorosa desaparición de publicaciones tan prestigiosas y tradicionales como la *Revista de Guimarães* o los persistentes retrasos de otras como *Setúbal Arqueológica* u *O Arqueólogo Português*. De esta manera, la situación de la arqueología portuguesa, ya de por sí dificultosa por la escasez de medios y contactos con el exterior, se ve progresivamente empeorada y casi conducida al aislamiento y olvido, pues la presencia visible, audible o legible en la comunidad científica internacional es, en sí misma, una de las condiciones sine qua non para la interrelación.

Creo que en el párrafo anterior se contienen los dos niveles desde los que cabe realizar la crítica a los *Estudos Arqueológicos de Oeiras* (E.A.O.): 1) por un lado el de la publicación en sí misma, como órgano de expresión de la investigación, difusión social y defensa de una parte del patrimonio portugués, y 2) por otro, el

T. P., 1992, nº 49

del interés que, desde España como un punto de Europa desde el que nos hacemos eco de su aparición, puede despertar.

1) la falta de una red editorial activa explica la inexistencia de información arqueológica actualizada sobre Portugal, así como el escaso estímulo con que se pueden encontrar los investigadores verdaderamente conscientes de la función social de su trabajo. Este es, sin duda, el caso del Dr. Joao Luis Cardoso, coordinador y responsable científico de la serie, en su calidad de coordinador general del Centro de Estudios Arqueológicos del Ayuntamiento de Oeiras. Hay que agradecer al Dr. Cardoso la revitalización de los estudios arqueológicos en ese municipio y la puntual y precisa publicación de sus resultados, de lo que se convierte en nueva prueba la presente publicación.

Los *E.A.O.* están pensados como serie que incluirá tanto números monográficos (éste es el carácter de los dos primeros volúmenes) como números integrados por distintos artículos referidos siempre a la arqueología en el Municipio de Oeiras. Se prevee una periodicidad bianual, con lo que la actualidad de sus informaciones puede constituirse en uno de sus principales atractivos y eficaces instrumentos para la salvaguarda del patrimonio de la zona. Es evidente la posibilidad que dicho enfoque brinda para la exposición detallada de sus problemas y necesidades lo que puede contribuir a la mejor dedicación de los fondos presupuestarios disponibles, así como a la profundización en aspectos de la investigación que, de otro modo, quedarían quizás sin cubrir. Este es el caso, por ejemplo, del segundo volumen, dedicado exclusivamente al estudio de los restos humanos prehistóricos encontrados en el Municipio.

Su presentación es, por otra parte de reseñable calidad, tanto por la del papel que le sirve de base como por la de las ilustraciones que acompañan al texto. El formato, de tipo medio, se hace cómodo y manejable para el lector, y la caja utilizada, que deja extensos márgenes en todos los sentidos, libera la lectura de la concentrada presión de otros textos.

Por último, me gustaría detener mi comentario, en este primer nivel del análisis, en el volumen que inaugura la serie y que sirve de fondo a estas líneas. Porque no pueden dejar de señalarse los indudables aciertos de J. L. Cardoso en la elección del fondo y la forma del tema monográfico al que se dedica: el yacimiento de Lecia. La cámara Municipal de Oeiras viene apoyando, desde su inicio, los trabajos que dicho investigador dirige en el yacimiento calcolítico de Leceia, de enorme interés por la secuencia cultural Neolítico Final/Calcolítico Pleno que presenta, y por sus estructuras defensivas y hallazgos de diverso tipo. Pues bien, el vol. 1 de los *E.A.O.* no sólo nos ofrece una nueva posibilidad de aumentar nuestra información sobre el yacimiento, sino que, además, persigue otros importantes objetivos que, a mi juicio, son los que conceden una originalidad e importancia exclusiva y diferente al trabajo.

Se trata de una reimpresión comentada de la Memoria original presentada por Carlos Ribeiro a la Academia Real de las Ciencias de Lisboa sobre la «estación humana de Leceia» en 1878, que presenta el valor histórico de haber sido la primera monografía publicada en Portugal sobre un poblado prehistórico. En consecuencia, el volumen 1 de los *E.A.O.* es, sobre todo, un homenaje. Homenaje sin duda merecido a un hombre al que puede considerarse fundador de la Arqueología Portuguesa y que, a juzgar por la claridad de juicio de sus escritos, no ha dejado nunca de ser uno de sus principales representantes. Sirva de muestra, por ejemplo, la siguiente observación de Ribeiro, realizada, recuérdese, en fechas tan iniciales para la Prehistoria como 1878: «Estamos (...) convencidos de que no son las formas de los instrumentos y las armas de piedra, al menos en Portugal, las que caracterizan de una manera segura cualquier período: es la fauna, las circunstancias del hallazgo, de los objetos recogidos y el criterio que preside la exploración, el que puede servir de guía en la determinación de la edad de los objetos» (pág. 17 original de Ribeiro, pág. 43 vol. actual).

Creo que, en estos días de renovación de planteamientos, rechazos viscerales de aquéllos que no se comparten y, sobre todo, atención centrada en las más recientes y sorprendentes innovaciones, las más de las veces de origen foráneo, deben aplaudirse los gestos de recuerdo agradecido y admirativo que los homenajes representan. Es cierto que en Portugal los planteamientos teóricos se han mantenido prácticamente inamovibles desde que Ribeiro desarrolló su trabajo. Es cierto, por tanto, que la investigación portuguesa actual puede considerarse prácticamente su «heredera», sin mayores conflictos en la trayectoria —cual sería el caso de diversos sectores españoles—, pero no por ello pierde en absoluto valor el gesto. Este además, resulta especialmente atrayente, pues el Dr. Cardoso ha respetado, estrictamente, no sólo el fondo, sino también la «forma» del texto original. Es decir, en la reimpresión se reproduce fotográficamente el texto inicial para, mediante llamadas situadas fuera de la caja del original, y por tanto en los márgenes del texto actual, realizar todo tipo de observaciones sobre las descripciones y opiniones de Ribeiro.

El formato se convierte así en uno de los atractivos de este primer volumen, integrado por lo que podrían ser tres secciones distintas: la primera acogería la introducción realizada por el Presidente de la Cámara de Oeiras y la nota «bio-bibliográfica» del general Ribeiro, a cargo de su destacado colega y colaborador G. Zbyszewski y del

propio Cardoso. Una segunda sección sería la constituida por la reproducción, casi facsímil, de la memoria de Leceia de 1878, y una última sería la integrada por los 200 comentarios que Cardoso ha considerado oportuno realizar sobre el trabajo de Ribeiro. Así pues, la originalidad del planteamiento parece fuera de dudas y su resultado es que al valor científico que pueda tener la obra se añade uno histórico que no nos es frecuente.

Puede decirse, en resumen, que los *E.A.O.* presentan indudables valores que sería deseable sirvieran de guía y ejemplos a otros municipios portugueses a la hora de proteger y difundir su patrimonio histórico.

2) Ahora bien, a mi juicio, las publicaciones de carácter regional corren el riesgo de reducir sus objetivos de conocimiento a aspectos particulares de la cultura, desconectados de planteamientos de interés global. Y pienso que uno de los problemas más acuciantes de la práctica de la disciplina en Portugal es, justamente, su desconexión de las corrientes teóricas y marginalidad con respecto a los problemas generales a los que se enfrenta la Arqueología en otros ámbitos geográficos. Portugal cuenta con yacimientos del máximo interés y con arqueólogos de gran capacidad —Leceia y J. L. Cardoso son, respectivamente, buenos ejemplos de ambos— que podrían hacer grandes contribuciones al desarrollo de la disciplina. Sin embargo, la orientación exclusivamente particularista de sus profesionales limita el interés que sus investigaciones puedan tener para el resto de la comunidad científica, pues no se conectan los problemas tratados a discusiones actualizadas. De esta manera, el interés de la serie se ve reducido para los profesionales de otras zonas, pues la información que se ofrece está seleccionada desde el marco en el que se obtiene, y la posibilidad de utilización para tratar problemas generales se ve mermada por su propio carácter.

Esta sería la única crítica que los *E.A.O.* me podrían sugerir, dado el planteamiento y desarrollo de este primer volumen. Pero de nuevo, la cuestión rebasa el ámbito particular al que se supone afecta este comentario, para aplicarse de manera global a las publicaciones periódicas portuguesas y al estado de la disciplina en ese país.

Así pues, quizá sea lo mejor concluir manifestando de nuevo mi respeto y admiración por el trabajo de J. L. Cardoso y la conciencia científico-social, tan poco frecuente, del Municipio de Oeiras, y deseando una larga y rítmica vida a la serie que ahora se inicia.

ALMUDENA HERNANDO GONZALO
Departamento de Prehistoria.
Universidad Complutense. Madrid.

Catálogo de la exposición «*Le premier or de l'humanité en Bulgarie. 5e Millénaire*». Ministère de la Culture, de la Communication, des Grands Travaux et du Bicentenaire. Editions de la Réunion des Musées Nationaux. Paris. 1989. 200 pp. ISBN 2.7118-2219-2.

Actas del coloquio «*Découverte du métal*». Serie Millénaires, dossier 2. Amis du Musée des Antiquités nationales. Ed. Picard. Paris. 1991. 447 pp. ISBN 2-7084-0409-1.

Lo que sigue es un comentario, apretado y escaso, de un conjunto de productos generados con ocasión de una exposición.

Hay veces en que el esfuerzo invertido en gestiones tales como la organización de las salas o la tramitación del préstamo y transporte de las piezas parecen agotar las posibilidades de los organizadores de una muestra. Pero hay otras en las que casi pareciera que ésa se convierte en una simple excusa a partir de la cual organizar una serie de actos de, al menos similar interés y atractivo que el de la propia exposición. Sin ninguna duda, éste último es el caso de la titulada «El primer oro de la humanidad en Bulgaria, 5º Milenio», celebrada, mediante la

T. P., 1992, nº 49

colaboración de los gobiernos búlgaro y francés, en el Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye, de París, entre el 1 de enero y el 30 de abril de 1989.

La Dra. Christiane Eluère, conservadora de dicho museo, tuvo a su cargo la organización de la exposición, la preparación del Catálogo de las piezas exhibidas y la coordinación de un coloquio internacional sobre «El descubrimiento del metal» que, coincidiendo con los primeros días de la muestra, se celebró igualmente en París entre el 19 y el 21 de enero de 1989. Las Actas de este coloquio sólo han visto la luz en los últimos días de 1991, razón por la cual se ha esperado hasta ahora para poder comentar conjuntamente la otra obra generada por la exposición, su catálogo. Porque, efectivamente, ambas publicaciones merecen un comentario y una difusión. A pesar de su distinto carácter, obligado por las diferencias de público a las que van destinadas, consiguen, sin embargo, un perfecto engranaje y una difícil complementariedad. Comenzaré por comentar el catálogo en virtud de la mayor antigüedad de su publicación.

En París se pudieron contemplar, durante más de cuatro meses, piezas excepcionales procedentes de 13 museos búlgaros, correspondientes a yacimientos del Calcolítico final, fechados alrededor del V milenio (en fechas calibradas). El principal foco de atención fue, por lógicos motivos, la famosa necrópolis de Varna, situada al noroeste del Mar Negro y de la que, en los trabajos que desde 1972 llevan realizando sobre todo H. Todorova e I. Ivavoz, se han recuperado ingentes cantidades de oro.

Varna estableció lazos estrechos con la cultura de Belgrado en Besarabia y con el conjunto cultural de Cucuteni-Tripolje (fase antigua) de Moldavia y Ucrania del Sur, pero constituye sólo uno de los tres grandes conjuntos culturales que en ese tiempo tienen a Bulgaria como escenario de su desarrollo. Los otros dos son el de Krivodol-Salcuta-Bubanj, que además de Bulgaria occidental se extiende por el NO de Rumania, Serbia del este y parte del Norte de Grecia; entre sus principales indicadores de actividad metalúrgica cuenta con la famosa mina serbia de Roudna-Glava. Y el de Kodjadermen-Gumelnitsa-Karanovo VI, que engloba el Sureste de Rumania y Tracia, además del Noroeste de Bulgaria. En este caso, la principal fuente de metal es la mina de Ain-Bunar al Norte de Tracia.

En todas ellas se desarrolló durante el V milenio una sociedad altamente estructurada como prueban sus tumbas, la destacadísima industria minera del cobre —si se compara con otras zonas de Europa— y una artesanía especializada del oro, objeto de atención prioritario en esta exposición. Además de sus tells y otros lugares de habitats, han sido excavados importantes lugares de culto, como el del pueblo de Dolnoslav, en la región de Plovdiv, o los hallados en los cementerios de Dourankoulak o Devnja. Y para no dejar lugar a dudas sobre la importancia de este foco cultural europeo, se han llegado a encontrar restos de una proto-escritura, posiblemente de origen independiente.

Todo ello tuvo cabida en la exposición. Quiero decir que su contenido es realmente más amplio de lo que su título parece indicar. No se trata de una exhibición de las primeras piezas de oro de este territorio, sino de una amplia gama de destacados tipos materiales que sirven para evidenciar el altísimo grado de desarrollo y complejidad que, en esas fechas precoces, vivía el Suroeste europeo.

La Dra. Eluère ha sabido, además, elaborar como catálogo una obra de enorme interés tanto para el lector especializado como para el público en general, pues está integrada por tres secciones distintas: 1) La primera, titulada «La más antigua civilización de Europa», consta de 10 artículos redactados por los máximos especialistas —H. Todorova, I. Ivanov, J. -P. Mohen, V. Nikolov, la misma Eluère o C. Renfrew entre otros— que abordan el tema desde perspectivas distintas —la Historia de la Investigación en Bulgaria, la contribución francesa a dicha investigación, las características culturales del final del Calcolítico en Bulgaria, el contexto social de la primera metalurgia, la mitología que traslucen los hallazgos o el análisis del primer oro—. Con ello se consigue, evidentemente, una información exhaustiva y variada, pero no dispersa, sobre un foco principal de interés.

2) La segunda es el Catálogo propiamente dicho, dividido a su vez en distintas secciones que reflejan la organización espacial de la exposición, y que se agrupan en dos amplios grupos temáticos: «Pueblos y centros culturales» y «La muerte». No se reproducen fotográficamente las 359 piezas exhibidas, pero las cerca de 170 fotografías que contiene constituyen una completa muestra de la totalidad.

3) La Tercera está constituida por los llamados «Documentos», textos relativamente breves en los que se abordan, de manera sintética y muy esclarecedora, variados aspectos relativos a la cuestión, como la secuencia cronológica de la zona y su relación con las de territorios vecinos, la protoescritura, alimentación y paleoeconomía, los tells de Karanovo, etc., etc.

El Catálogo facilita una visión clara y completa sobre el contexto cultural en que aparecen las primeras piezas de orfebrería en Bulgaria, y su formato y maquetación hacen que la información no sólo sea rica y muy interesante para los especialistas, sino, además, accesible y atractiva para el público en general. Se consiguen aunar con ello, dos objetivos a menudo considerados incompatibles lo que convierte este catálogo en recomendable modelo sobre «cómo aprovechar al máximo las posibilidades de una exposición».

Pero los organizadores de la misma supieron hacer aún más rentable el evento, al organizar a su alrededor un Coloquio Internacional, al que acudieron 80 especialistas de Europa y el Próximo Oriente, sobre «El Descubrimiento del Metal». Ampliando de esta manera el espectro temático, se conseguía completar a la vez que actualizar el tema que servía de fondo al montaje de la exposición: el nacimiento de la metalurgia y la orfebrería y la naturaleza y efectos de la relación cultural que mantuvieron en esa época Europa Sudoriental y el Próximo Oriente. La necrópolis de Varna constituyó, de nuevo, uno de los focos de atención, dada la trascendencia que reviste a la hora de analizar cualquiera de esos aspectos.

Las Actas de esta reunión han sido publicadas en la serie «Millénaires» de la ed. Picard, con la participación de los Amigos del Museo de las Antigüedades Nacionales. Están divididas en cuatro secciones «geográficas»: la primera incluye 5 artículos relativos al oro y el cobre de Varna y al Calcolítico búlgaro en general. La segunda acoge 10 participaciones sobre el inicio de la metalurgia en Europa Central. Las 12 que integran la tercera afectan al área del Oeste y Suroeste europeo, mientras que las 9 que constituyen la cuarta y última, giran en torno al Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente.

El nivel general de las participaciones es excelente, contándose entre ellas firmas de primera fila, tales como las de Ivanov, Poplin, Jovanovic, Mohen, Briard, Craddock, Tylecote —a quien se dedican las actas, en homenaje póstumo—, Guilaine, Muhly, Seferiades, Chernykh, Hauptmann, etc., etc., etc. Merece la pena destacar la triple participación española, a cargo de A. Perea, G. Delibes (et alii) y A. Rodríguez Casal, relativas a diferentes aspectos del inicio de la metalurgia u orfebrería en la mitad meridional de la Península Ibérica, el yacimiento de Almizaraque en el Sureste de la Península Ibérica, o el centro y sur de Portugal, respectivamente.

Entre los rasgos más positivos de esta entrega, publicada bajo formato de libro —sin que nada sugiera en la portada que se pueda tratar de las actas de un coloquio, imagino que por razones de mercado editorial—, podrían destacarse, a mi juicio, los siguientes:

En primer lugar, supone una perfecta actualización del estado de la cuestión en todos los sectores europeos, fundamentalmente en los más críticos. La obra se convierte, desde ahora, en referencia obligada para tratar el tema de la aparición de la metalurgia en Europa y sus conexiones con el Próximo Oriente. Por otro lado, supone la renovación de algunos planteamientos tradicionales, básicos a la hora de contemplar los fuertes procesos de cambio cultural que provocaron el desarrollo metalúrgico. Pues, a la vista de la información que de estas actas se desprende, parece existir más autonomía en el surgimiento de la metalurgia en diversas zonas europeas, de la aceptada hasta ahora. Al margen de otros comentarios (v., p. ej., la comunicación de Servelle sobre el SO francés o la de Guilaine sobre la zona mediterránea francesa), resultan contundentes las conclusiones a las que conduce la investigación que está llevando a cabo Craddock (p. 197): «Las implicaciones de esta investigación y de otros trabajos en Europa sugieren que la metalurgia se desarrolló independientemente, utilizando tecnologías diferentes, en diversos centros separados». En su opinión (pp. 206-7): «Se está generalizando la evidencia de que el cobre se fundió primero en Europa Central y Occidental a través de métodos muy distintos en el III-II M. B.C., y lo que es más significativo, muy diferentes de los procesos de fundido, altamente reductores, contemporáneos en el Próximo y Medio Oriente, donde ya llevaban en uso casi un milenio. Seguramente, si el conocimiento se hubiera extendido hacia Europa occidental desde el Este los prospectores o metalúrgicos habrían utilizado su propia tecnología contemporánea en lugar de regresar a un proceso mucho más primitivo. La simplicidad y diversidad de los varios procesos de la Edad del Bronce europea sugieren descubrimiento y evolución independiente en diversos centros».

Así pues la obra es de necesaria consulta para cualquier interesado en el origen de la metalurgia europea. Sin embargo, y sin desmerecer en absoluto su valor general y fundamental, me gustaría señalar algunos aspectos que considero problemáticos.

El primero de ellos, que podría contemplarse también desde su polo positivo, se deriva del propio carácter de la convocatoria, dedicada a un sólo aspecto cultural. Quiero decir que, en mi opinión, en muchos casos se presta excesiva —o mejor exclusiva— atención a la metalurgia en sí, sin atender a otros aspectos socio-económicos del contexto cultural en que se inserta su aparición, o de sus precedentes. La aparición de la metalurgia parece considerarse en general, a veces explícitamente (v. Ambert y Barge-Mahieu, p. 267, p. ej.), «el hecho esencial» cuando, a mi juicio, no constituye sino uno más de los rasgos que demuestran el afianzamiento de una tendencia a la progresiva complejidad, presente desde siempre en el registro arqueológico.

Hay sin embargo, una serie de excepciones que no puedo dejar de destacar. Por ejemplo, me parece muy acertada la intervención de M. Seferiades (pp. 325-330) sobre «Piedra tallada y metalurgia», en la que se insiste en la necesidad de prestar mayor atención a la industria en sílex y obsidiana si se pretende comprender realmente la Primera Edad del Metal, pues también estas materias primas eran utilizadas para fabricar objetos de prestigio. De hecho, a su juicio, en Varna parece contemplarse «una encarnizada lucha entre artesanos del sílex y artesanos del cobre». En el mismo sentido, considero de interés la propuesta de Mohen para analizar las

sepulturas de los artesanos metalúrgicos del comienzo de las Edades del Metal en Europa. Aunque fechadas, en general, en un momento avanzado de final del Calcolítico o del Bronce Antiguo en toda Europa, sin duda pueden revelar aspectos interesantes, todavía desconocidos, de la valoración social contemporánea de esa actividad.

La aportación de J. D. Muhly trata aspectos socio-económicos en relación con la metalurgia, y referido a España, el artículo de A. Perea intenta resumir, igualmente, las distintas propuestas que diversos autores han elaborado sobre las causas de su aparición en nuestro suelo. A. Hauptmann presenta, por su parte, un claro resumen de los primeros hallazgos metálicos en el Próximo Oriente, pero además insiste en la posibilidad de que las fases metalúrgicas iniciales no produjeran restos significativos de escorias, lo que puede llevar a falsas conclusiones a la hora de establecer una secuencia cronológica comparativa entre los desarrollos de las diversas zonas.

Así pues, sin pretender negar los aspectos positivos del enfoque puntual de este congreso, pues sólo de esta manera se llegan a «exprimir» todas las fuentes de información, creo que sería conveniente engranar el descubrimiento del metal dentro de un largo y complejo proceso de cambio cultural, única manera de comprender su verdadero peso específico dentro de ese cambio.

Por otro lado, creo que hubiera sido deseable, ya que la publicación de las actas no ha sido coetánea ni inmediata a la celebración del coloquio, que se hubiera reflejado éste en realidad. Me refiero con ello a las discusiones que, sin duda, suscitaron algunos temas entre los especialistas, y que a veces resultan enormemente ilustrativas.

También hubiera sido partidaria de homogeneizar el tipo de dataciones absolutas a lo largo de los distintos trabajos, ya que en algunos la referencia cronológica se hace a fechas calibradas y en otros a dataciones de C-14 no calibrado, sensiblemente inferiores, como se sabe. Sorprendentemente, además, este problema fue solucionado en la publicación del Catálogo, añadiendo, entre paréntesis, la fecha calibrada en caso de no serlo la citada, lo que hace más difícil explicar su presencia en el caso de las Actas.

Por último, se deja notar, igualmente, la ausencia de unanimidad terminológica en ciertas cuestiones importantes como la denominación del primer período con metal, Eneolítico para los investigadores búlgaros y algunos centroeuropeos y Calcolítico para el resto. Posiblemente, fuera una de las cuestiones discutidas en el congreso, pero en cualquier caso, no queda constancia de ello.

A modo de resumen puede decirse que, a pesar de algunas pequeñas objeciones que a mi juicio pudieran hacerse a la publicación de estas actas, el conjunto general de los trabajos generados por la exposición «El primer oro de la humanidad en Bulgaria. 5º M», y la propia organización de ésta pueden servir de intachable ejemplo de una labor llevada hasta sus últimas consecuencias en beneficio del mundo académico, y lo que es más importante, de la sociedad en general. La habilidad para compaginar ambas esferas de interés, la capacidad para programar dicha labor y la lucidez para desarrollarla, podrían ser los rasgos que con más nitidez traslucen esta exposición y sus reflejos editoriales. Estos, además, desde el punto de vista estrictamente profesional, pasan a convertirse en una de las futuras referencias obligadas de la investigación sobre el origen de la metalurgia.

ALMUDENA HERNANDO GONZALO
Departamento de Prehistoria.
Universidad Complutense. Madrid.

CONTRIBUCION A UNA CRITICA METODOLOGICA

KUNTER, E. *Menschliche Skelettreste aus Siedlungen der El Argar Kultur. Ein Beitrag der prähistorischen Anthropologie zur Kenntnis bronzzeitlicher Bevölkerungen Südostspaniens*. Madrider Beiträge, 18 Verlag Philipp von Zabern. Maguncia. VIII, 136 pp. i 23 láms., map. DM 120. ISBN 3-8053-1103-6.

El autor, M. Kunter, ha recogido un material osteológico clásico (Siret y Siret, 1890) que se haya diseminado por diferentes museos y lo ha estudiado *in situ*, superando las dificultades que todo trabajo de estas características implica. Con ello es el primer investigador que realiza un análisis antropológico exhaustivo acerca de la

población del Sudeste de la Península Ibérica durante la Edad del Bronce. Para aquéllos que no estén familiarizados con la geografía peninsular no sólo se señala la localización de los yacimientos en el espacio, sino también la situación de los mismos dentro del esquema cronológico del Sudeste.

El estudio considera los principales métodos utilizados en la actualidad a la hora de efectuar un análisis poblacional sobre muestras osteológicas prehistóricas, exceptuando aquéllos más costosos tales como radiología, histología, análisis de elementos traza o determinación química del sexo. Abarca desde el análisis morfológico de la variabilidad intra- e inter-grupal, pasando por la paleopatología, hasta el análisis detallado de la paleodemografía. Cabe destacar además la inclusión de algo tan inesperado para el antropólogo, aunque sin duda necesario, como es la presentación de la posición histórico-cultural de las dos series estudiadas (El Argar y El Oficio). Todos estos aspectos lo convierten en una obra fundamental para todo aquél que trabaje en este campo o esté interesado en sus resultados.

En cuanto al registro de los restos óseos, únicamente se echa a faltar una indicación precisa acerca de la manera en que han sido atribuidos los restos óseos estudiados a la numeración original de las tumbas de Siret, y una evaluación del grado de fiabilidad de dicha correspondencia. En el capítulo correspondiente a la determinación sexual se destaca expresamente que ésta se hizo independientemente de los ajuares. No sería necesaria esta precisión acerca de la independencia entre la determinación antropológica y el registro arqueológico, si no se hubiesen producido casos en los que la adscripción sexual no se ha fundamentado en las evidencias osteológicas (Rösing, 1976). Los ajuares han tenido para otros autores el peso de un determinante biológico. La importancia de esta independencia de criterios queda manifiesta en el análisis del enterramiento individual con daga procedente de la necrópolis merovingia de Kirchheim/Ries (Baden-Württemberg). La insistencia del antropólogo en la determinación biológica desembocó en una nueva valoración de la «incómoda» daga, que inmediatamente los arqueólogos transformaron en una lanzadera de telar.

Como ya ha sido mencionado, la analítica empleada responde al standard general de los análisis antropológicos modernos. Por ello mismo, resulta necesario apuntar algunos comentarios críticos sobre la bibliografía citada por Kunter respecto a los estudios de materiales óseos de edad y sexo desconocidos, y a la variabilidad de los sistemas de caracterización. Así, por ejemplo, las «Empfehlungen europäischer Anthropologen» —recomendaciones de los antropólogos europeos— (Ferembach *et al.*, 1979) basadas en el congreso sobre paleo-demografía realizado en Sarospatak (Hungría) en 1978, fueron rechazadas precisamente por aquellos asistentes especializados en osteología humana de forma exclusiva e intensiva. Por ejemplo, cabe objetar que, en estas «Empfehlungen», la determinación de sexo y edad no se basa en el estudio de muestras de referencia de personas con edad y sexo conocido, como habría sido imprescindible, sino exclusivamente a partir de restos óseos prehistóricos. A los estudios desarrollados sobre muestras de referencia pertenecen los criterios de edad basados en las suturas craneanas (Rösing, 1977), o en la estructura esponjosa de las extremidades propuesto por Aksádi y Nemeskéry (1970).

Entre los rasgos sexualmente determinantes, se citan algunos cuyo valor de diferenciación es escaso o nulo. Por ello no puede sorprender que, en la literatura utilizada por Kunter, se le de al diagnóstico sexual basado en criterios morfológicos un valor inferior que al estadístico, a pesar de que, precisamente, una contribución de Menk en el citado congreso mostró que el antropólogo experimentado alcanza con el método morfológico mayores niveles de precisión en sus determinaciones de cráneos con referencia conocida, que a partir del análisis estadístico. Sería excesivo en el marco de esta recensión dilucidar críticamente todos los trabajos, en cuanto a sus garantías de aplicabilidad, que hacen referencia a los métodos aquí empleados. Meramente cabría indicar que precisamente el trabajo de Perizonius (1984), utilizado por Kunter, no ha encontrado apoyo entre los antropólogos como criterio para la determinación de edad a partir de las suturas craneanas, sí, en cambio, el trabajo de Hajnis y Novak (1976), que explícitamente no fue realizado con el fin de alcanzar una aproximación entre edad calendárica y edad biológica, en base a las suturas craneanas.

Las líneas generales de crítica metodológica hasta aquí desarrolladas sobre los criterios de diferenciación sexual y de edad utilizados en la obra de Kunter, únicamente, pretenden señalar posibles grados de incertidumbre en estos parámetros principales y en los análisis realizados a partir de ellos.

En las páginas donde se menciona la homogeneidad morfológica de la muestra (*Intra-group-variability = Binnenanalyse*) (pp. 48 y 71) no se ofrecen, sin embargo, los valores obtenidos a partir del cálculo de homogeneidad. Los comentarios «comunidad de reproducción cerrada» (p. 51) o «...después de comprobar la varianza homogénea...» sugieren, más bien, que se trata de una población biológicamente «normal», que excluye la endogamia y más aún el incesto. A pesar de que se cita el coeficiente de variación $V = s/x \cdot 100$, no se calcula el «scaling-coeficiente» sc resultante, que habría sido el indicador más seguro para una valoración de endogamia o incluso incesto. Esta ausencia tampoco puede ser subsanada por la reproducción gráfica del análisis de

componentes principales de Ihm (1967), pues para estos desconocemos los valores de ajuste correspondientes al *sc*.

Kunter aborda sólo de forma muy breve la tipología idealista de la antropología tradicional, hoy biológicamente inadmisibles, quizá para poder realizar una comparación con trabajos más antiguos. En este sentido le resultaba imprescindible subrayar explícitamente (p. 52) que con esta tipología solo se estaba aportando información acerca de la «calidad formal» de la muestra estudiada, y no sobre la «procedencia» de la población.

La referencia al dimorfismo sexual es irrelevante en este contexto, ya que las mujeres, como es sabido, presentan básicamente dimensiones medias más reducidas, debido a su homocigosis para el cromosoma sexual. La causa de esta diferencia biológica pre-programada resulta de la falta de información genética respecto al crecimiento localizada en el cromosoma Y. Por ello, todas las diferencias de talla entre hombres y mujeres serán altamente significativas. Por lo tanto, los elevados valores de estatura que se observan para las mujeres de esta muestra son casuales.

Actualmente la utilización del ordenador y de los test estadísticos correspondientes permite reducir, en un tiempo relativamente corto, grandes cantidades de datos a un número de variables aparentemente abarcables. Sin embargo, este proceder también puede conducir, como ocurre en este trabajo, a una valoración incorrecta del potencial explicativo de los métodos estadísticos. Para someter las muestras aquí publicadas a una comparación morfológica, se utilizan series de datos procedentes de 35 muestras de diferentes períodos y regiones. La diferencia temporal entre la muestra más antigua (Mugem) y la más reciente (Islas Canarias) es, como mínimo, de 5.000 años, es decir aproximadamente de 200 generaciones. La distancia espacial entre los puntos más alejados alcanza en dirección E-W casi 5.000 km (Chipre-Islas Canarias) y en dirección N-S unos 2.000 km (Bohemia-Sicilia), excluyendo incluso la distancia entre Bohemia y las Islas Canarias. No se tienen en cuenta ni diferencias climatológicas, ni barreras geográficas, ni líneas divisorias lingüísticas a pesar de que Kunter hace referencia expresa al efecto modificador de los factores «peristáticos» (exógenos) en cuanto a la morfología.

Al menos desde los trabajos de Creel (1968), todo especialista crítico debería ser consciente de la imposibilidad de interpretar tales comparaciones globales de una forma biológicamente plausible. Por ello se ha propuesto seleccionar las series comparativas de tal forma, que tiempo y espacio quedasen situados en un marco biológicamente aceptable (Czarnetzki, 1971). Ello significa que el número de generaciones debería ser elegido con el fin de que los cambios en las frecuencias genéticas resultasen abarcables, de la misma manera que la distancia geográfica debería serlo en cuanto a la corriente o al flujo genético posible. Además de estos aspectos sobre genética poblacional, las condiciones de comparación elegidas por el autor tienen unas consecuencias estadísticas específicas, debido a la reducción de los datos individuales y a su representación en dos dimensiones. Se eligió un espacio multidimensional cuyas dimensiones particulares (distancia entre cada una de las muestras estudiadas), sin embargo, no son reproducidas. Por el contrario, cabe destacar la reproducción de todos los datos individuales de las series estudiadas, los referidos a las muestras y los valores medios considerados en el análisis de Penrose. La presentación de todas las distancias Penrose, calculadas, habría facilitado determinar el grado de pérdida de información resultante de la reducción del espacio multidimensional $n^2 - (n^2 + n)/2$ a otro bidimensional (análisis cluster de secuencias duales). Las dificultades interpretativas de la comparación entre muestras no sólo surgen de los factores de influencia peristáticos inabarcables, del tamaño de la muestra, de errores de cálculo y similares, sino también de la selección de muestras realizada. Sin embargo, estas dificultades no se deben en ningún caso al método empleado. Además, parecen estar más relacionadas en su origen con un factor genético que con los factores citados, los cuales dificultan una interpretación de la comparación efectuada. Este factor genético se caracteriza esencialmente por los conceptos de «series muestradas» versus «comunidades de reproducción». Ambos conceptos están sometidos, en cuanto a la composición de su *pool* genético, a regularidades diferentes. Cabe partir, en principio, de que la variabilidad en su serie muestrada está caracterizada por un número diferente de alelos presentes y que es mayor en el *pool* genético comprendido que en una comunidad de reproducción. Por lo tanto, no se cumplen las condiciones básicas para una buena comparación estadística, ya que los totales comparados se han formado bajo condiciones diferentes. Sólo se podría hacer una excepción en aquellos casos en que una serie muestrada cumpliera las condiciones previas de una comunidad de reproducción, con lo cual dejaría de ser una auténtica serie muestrada. Las extensas investigaciones de Morant (1935) confirmaron este postulado biológico para las valoraciones estadísticas.

En relación a este trabajo cabe mencionar otro aspecto específico, aunque no sea exclusivo de este estudio. En la página 73, Kunter hace la siguiente observación: «...el tronco racial homogéneo de los países limítrofes con el Mediterráneo: el ámbito formal de los mediterráneos». En el sentido tipológico-idealista, que denota el uso del término «tronco racial», el autor caracteriza un representante tipo de una subespecie en el sentido zoológico-sistemático. Incomprensiblemente sigue apareciendo en la literatura antropológica el concepto «tronco racial»

sin considerar que, a menudo, se está haciendo referencia únicamente a poblaciones regionales. Sólo bajo esta premisa se deben entender las citas anteriores, así como las valoraciones resultantes en el trabajo de Kunter.

Exceptuando su predominancia habitual en la literatura francesa, en los trabajos antropológicos recientes se constata una creciente importancia del análisis del esqueleto post-craneal. Por ello mismo, resulta especialmente de agradecer el capítulo que aquí se le dedica. Este análisis, como se señala también en esta obra, permite un mejor acercamiento a las diversas condiciones de vida de la sociedad estudiada. Se echa a faltar la observación de determinadas apófisis en las articulaciones (como las características de los jinetes, o las características de posición en cuclillas, etc.), de la curvatura ventral de la diáfisis femoral, del desarrollo de la *Tuberositas deltoidea* y de relieves de inserciones musculares similares. Por el contrario, la densidad relativa de la *Cavitas medullaris*, junto con una *Compacta* relativamente fuerte se valoran como indicio de cargas físicas elevadas. No obstante, falta la precisión de que este factor es, en gran medida, dependiente de la edad del individuo. Es sabido que la actividad osteoclástica aumenta con la edad, aunque varíe entre individuos, en relación a la actividad osteoblástica. Sólo de este fenómeno depende la ampliación de la *Cavitas medullaris* y, con ello, la reducción de la *Compacta*. Este proceso natural puede ser retardado meramente por una carga física alta y prolongada, o acelerado debido a la inactividad. En consecuencia, la *Compacta* suele ser gruesa en los individuos jóvenes y más fina en los adultos.

Otro aspecto positivo de este trabajo es el registro de los llamados «rasgos discretos» o, mejor, de las características epigenéticas. Este hecho supone una innovación de cara al futuro ya que, hasta el momento, este sistema de caracterización había sido escasamente considerado en las series prehistóricas de la Península Ibérica. Por ello mismo, tampoco era posible realizar un análisis comparativo con otras series. De todas formas, no puede obviarse que un análisis donde se releva la variable sexo habría aportado información adicional, a pesar de la ausencia de una formación sexualmente específica de estos rasgos. Posiblemente, se habría logrado obtener indicios sobre las relaciones de parentesco a partir de diferencias marcadas en el *pool* genético de mujeres y hombres respectivamente. La publicación de la frecuencia uni y bilateral de los rasgos epigenéticos simétricos, habría facilitado una mejor estimación del valor umbral. Según el estado actual de los conocimientos sobre la distribución de frecuencias de las características epigenéticas, los tres rasgos destacados como específicos de poblaciones (p. 81 arriba) no se pueden mantener como tales. Además de hacer una valoración de conjunto, habría sido importante incluir los rasgos epigenéticos en el registro osteológico por individuos, hecho que redundaría en beneficio de futuros trabajos antropológicos sobre poblaciones argáricas.

La mayoría de los trabajos antropológicos carece *a priori* de datos referentes al tamaño de los dientes, a pesar de que éstos se utilizan ocasionalmente como rasgos definitorios de sexo. Es por ello que la presentación de esta información resulta de gran valor. El amplio número de datos individuales y las buenas condiciones de conservación de los dientes permiten, en parte, llevar a cabo un análisis cuantitativo y métrico de una población con un alto grado de fiabilidad.

En cuanto al estudio de las evidencias paleopatológicas, Kunter pone especial énfasis en las alteraciones causadas por acciones violentas, tal y como era de esperar conociendo su trayectoria en este campo. Al parecer, no fue posible realizar las radiografías necesarias para verificar los diagnósticos. Además, falta en las lesiones craneales una descripción del estado de la *Tabula interna*. Por ello es imposible decidir si se trata de alteraciones producidas por fracturas cicatrizadas o bien de procesos osteoclásticos debidos a lesiones en las partes blandas de la cabeza. En base a la documentación fotográfica, los diagnósticos no siempre parecen convincentes, como por ejemplo, la explicación de la fractura del *Proc. zygomaticus* (no *transversalis*) en el *Os zygomaticum* izquierdo (Láms. 1a y 19b) como resultado de un golpe de maza, apoyándose en Rösing (1990). En el mundo del boxeo es sabido que un puñetazo seco puede causar la misma fractura de esta parte ósea, extremadamente delgada. Se echa de menos, en este caso, una indicación sobre la causa de la curación observada, ya que, normalmente, el *Proc. zygomaticus* vuelve a su posición lateral original por la contracción del *M. temporalis*, mientras que el *M. massetericus* puede desplazarlo en dirección distal. De manera similar, la fractura del *Collum humeri* (Lám. 16a), hoy *Collum anatomicum*, no se explica únicamente por su posición específica después de la curación, como resultado de una «agresión directa» en forma de golpe. Más probablemente, parece deberse a una epifiseólisis sufrida durante la infancia como consecuencia de una presión indirecta, por ejemplo debido al efecto de salvar una caída, apoyando las manos, con luxación de la articulación del hombro. Sólo a título de ejemplo comentaremos el fémur reproducido en la lámina 16c. En este caso, los rasgos patológicos reproducidos fotográficamente indican más bien la existencia de un *Callus* luxado con pseudoartrosis u osteomalacia, pudiéndose excluir como diagnóstico cualquier tipo de osteomielitis dada la presencia de límites marcados. No se incide sobre la posible existencia de una reacción del periostio.

Paralelamente a la descripción de cuadros patológicos concretos para la reconstrucción del cuadro patológico de las poblaciones estudiadas, se aborda, sobre todo, el tema de la aparición y frecuencia de hiperostosis y

artrosis. Sin embargo, y a pesar de que las hiperostosis craneales son de génesis diversa, no se realiza, por ejemplo, una diferenciación entre esponjosas, vasculares u osteofitarias. Posiblemente, la *Hyperostosis frontalis interna* podría describirse como «engrosamiento de la pared craneal», ya que se hace referencia al desequilibrio entre las gonadotropinas. Tampoco se han tratado las valoraciones de diagnóstico diferencial respecto a la intervención de enfermedades infecciosas o a trastornos endocrinos innatos. Sería demasiado extenso entrar aquí, de forma crítica y en la misma profundidad, en cada uno de los cuadros patológicos, bien se trate de enfermedades degenerativas de la columna vertebral, en las que faltan, por ejemplo, la observación de cavidades osteolíticas (*Morbus Scheuermann* o enfermedad de Scheuermann), o de procesos artríticos. Así, no se diferencia entre aquellos procesos artríticos inflamatorios causados por una postura incorrecta, por sobrecarga (dependiente del trabajo físico) o por esfuerzos constantes (en relación con la edad).

Bastante más detallado es el estudio de la estomatología. Destaca especialmente la inclusión del análisis de una muestra de agua actual, algo excepcional, ya que indica el esfuerzo por realizar una investigación profunda, usual también en otros trabajos de este autor. Sin embargo, cabe remarcar también en este caso que, en general, los aspectos particulares expuestos: anomalías situacionales, sarro, abrasión, etc. se tratan de forma global. Entre otros aspectos, no se discute la influencia de anomalías posicionales en el desarrollo de paradontitis o sarro, y ni siquiera se considera la posibilidad de una correlación entre los tres factores relacionados.

No se entienden a simple vista las discrepancias entre las frecuencias de caries citadas en el texto (1,6 %) (Kunter, 1990: 93) y las citadas en la tabla 21 (0,63 %). Dicha discrepancia sólo es inteligible si se valoran las frecuencias individuales. Se constata que el valor ofrecido en el texto se basa en un principio diferente (frecuencia de caries en el maxilar, más la mandíbula, es decir 10/619). A pesar de que se enfatiza expresamente que no fue posible constatar paradontosis, esta peculiaridad no se discute en relación a algunos individuos mayores de 60 años. Esto resulta contradictorio con la discusión sobre un «cambio en el metabolismo, especialmente del balance hormonal...» (p. 88) dependiente de la edad, cambio que con seguridad debería haber provocado, a través de la osteoporosis, una degradación del *Limbus alveolaris*, es decir, una paradontosis. En la exposición sobre las consecuencias del contenido mineral del agua potable sobre la caries, habría resultado interesante una comparación estadística con las poblaciones actuales en la región. Ello habría contribuido a reforzar más la explicación sobre los bajos índices de cariosidad en la población argárica, que la idea generalizada en la actualidad de que los fluoruros previenen la aparición de caries.

La discusión acerca del origen de las hipoplasias por un lado y de las hiperostosis esponjosas por el otro, resulta contradictoria en sí misma. Para la génesis de ambos fenómenos se considera la posibilidad de un cambio en la alimentación, sustituyéndose la leche materna (330 I.E. vitamina A + beta-carotina) por leche de cabra (120 I.E. vitamina A + beta-carotina). Dado que la frecuencia de las hipoplasias (36/293) oscila alrededor del 12 %, debería constatarse un valor similar de hiperostosis esponjosas. De hecho, estas últimas sólo alcanzan un valor del 0,6 % (2/293). Las hiperostosis esponjosas deberían ser especialmente frecuentes en el grupo de Infans I, según la edad predicha por la hipótesis del autor para su formación. Sin embargo, según los datos publicados, están ausentes tanto en Infans I como en Infans II, a pesar de que sean precisamente estos grupos de edad donde aparecen de forma especialmente marcada anemias infecciosas y nutritivas. Por lo tanto, no puede tratarse de un error de observación. Un argumento adicional en contra de una relación entre ambas reacciones patológicas (hipoplasias e hiperostosis) es el hecho de que, precisamente debido a la «pérdida de inmunidad» (p. 96), cabría esperar unos mayores valores de mortalidad especialmente entre Infans I y II, ya que ambas patologías reducen la activación del sistema de autoinmunidad y, por tanto, hacen que los individuos sean más propensos a contraer enfermedades infecciosas. Al parecer, se ha pasado por alto que una anemia producida por la ingestión de leche de cabra sólo puede ser observada en aquellos casos en los que ésta constituye la única fuente de alimentación. En relación a los análisis de elementos traza y a las conclusiones extraídas de ellos con respecto al momento de lactancia, la consideración de la posibilidad de un cambio entre leche materna y leche de cabra, plantea nuevos problemas precisamente para esta nueva dirección que se ha abierto en la antropología y mantiene los resultados, hasta aquí alcanzados, a un nivel relativo.

En lo que respecta a las hipoplasias no estaría de más algún comentario acerca de las líneas de crecimiento intermitentes (líneas de Harrys), ya que éstas pueden detectarse no sólo radiológica, sino también macroscópicamente en los huesos fracturados. Al parecer, estas líneas no están correlacionadas temporalmente de forma directa con las hipoplasias pero, en cualquier caso, denotan señales de inhibición del crecimiento provocadas por enfermedades o períodos de alimentación deficiente durante las fases de desarrollo. De la descripción realizada por Kunter no se puede deducir si realmente estas líneas no estaban presentes o si, simplemente, no fueron analizadas.

De acuerdo con las tendencias actuales, se presta una gran atención al análisis paleo-demográfico. De él se espera, en la mayoría de los trabajos antropológicos actuales, un conocimiento más profundo de las formas y

condiciones de vida de las sociedades prehistóricas. Kunter destaca acertadamente y de manera introductoria a este capítulo las premisas indispensables para la definición de parámetros paleodemográficos. Por ello, indica con gran cautela que el material disponible «no cumple de manera ideal» las condiciones para este tipo de estudio paleodemográfico exhaustivo. A continuación se menciona, además, la premisa decisiva que supone la existencia de una población estacionaria. Con ello, Kunter ha citado aquellos factores que reducen, a un nivel científicamente más aceptable y adecuado, la frecuente sobrevaloración de los parámetros paleo-demográficos.

A partir de estas premisas mencionadas y de la cautela resultante, pueden valorarse los cálculos realizados en la medida en que siguen los métodos desarrollados por Acsádi y Nemeskéry (1970). De manera diferente cabe juzgar, sin embargo, los procedimientos del cálculo de índices de corrección para la mortalidad infantil observada. Estos parten del apriorismo de que siempre existen, en principio, errores en el registro y/o la valoración de dichos grupos de edad. Cabe tener en cuenta que, en los métodos de cálculo utilizados normalmente en la bibliografía, los valores resultantes sólo se ajustan si, para la población prehistórica considerada, se cumplen unas condiciones de vida idénticas o muy similares a las de la muestra de referencia utilizada en la corrección. Los factores de corrección de la obra de Boucquet y Masset (1977), citada, se basan en poblaciones de bajo nivel social ubicadas entre el siglo XVIII d. C. y la época reciente en Portugal. Por lo tanto, estas muestras de referencia pertenecen, en un sentido amplio, al momento inicial de la industrialización, caracterizada por una enorme carga de polución medioambiental, condiciones de hábitat deficientes en entornos urbanos o peri-urbanos con alto riesgo de infección, además de una atención médica deficiente. Una segunda categoría de datos de corrección se refiere a las poblaciones actuales que, supuestamente, se encuentran a un mismo nivel socio-económico que las poblaciones prehistóricas correspondientes. La complejidad de los factores que determinan la mortalidad infantil en estas poblaciones de referencia actuales no permite, ni siquiera de forma aproximada, una analogía con las condiciones prehistóricas. Diferencias considerables entre la mortalidad infantil (véase el trabajo citado de Langenscheidt, 1985) en poblaciones recientes, contemporáneas y del mismo espacio geográfico, son otro indicio del cuidado que se ha de poner en el uso y, más aún, en la interpretación de este tipo de correcciones. En la aplicación de los índices de corrección, que puede verse en la bibliografía citada por Kunter, no son evaluados en absoluto los resultados de las investigaciones sobre la incidencia de las condiciones de higiene en las pautas de mortalidad. En esta especialidad se coincide en que tienen que haber existido épocas con niveles de virulencia de intensidad variable que, incluso, siguen produciéndose en la actualidad. Este resultado significa, pues, que bajo las mismas condiciones externas, este factor por sí sólo aumenta o reduce los índices de mortalidad de una población.

Además, los resultados extraídos a partir de la paleopatología en relación a la aplicación de los índices de corrección a los datos de mortalidad, se tienen en cuenta sólo de manera escasa. Esta información permitiría, con las cautelas pertinentes, deducir el grado de conocimiento y tratamiento médico existente en las poblaciones. En caso de contar con información de este tipo tal y como sucede para los alamanes de época merovingia (Württemberg), se puede partir de la idea de que el cuidado natal y post-natal puede prevenir los riesgos de infección. Debido a que el autor ha realizado trabajos pioneros precisamente en este campo, resulta todavía más sorprendente que este aspecto no sea recogido en la digresión sobre la interpretación de los resultados paleodemográficos.

La conclusión de Kunter (p. 113), de que las «condiciones prehistóricas son... como la época moderna...», no resulta convincente a la luz de los aspectos comentados. Este es sobre todo el caso en cuanto a la comparación que se pretende establecer con los resultados de Schulz (1985, 1987), ya que, entre El Argar y El Oficio, Kunter no constata las mismas condiciones, incluso si se obtuviera información adicional a partir de métodos mencionados tales como radiología, histología y *Scanning Electron Microscopy*. Además, en los análisis paleopatológicos se suele constatar que métodos considerados «más precisos» verifican, y sólo ocasionalmente falsean las observaciones macroscópicas previas. La comparación sólo sería lícita si las condiciones de vida fuesen aproximadamente parecidas en las muestras referenciales. Para ello, sin embargo, faltan los puntos de referencia necesarios. Este sería sin duda alguna un nuevo campo de interés a abordar por los prehistoriadores para obtener, junto con la antropología física, inferencias paleo-demográficas más interesantes y apoyadas en bases más sólidas que las proporcionadas por la mayoría de los trabajos paleo-demográficos actuales.

Si se resumen, por lo tanto, las correcciones aportadas aquí de manera general sobre los datos paleodemográficos, las posibilidades de interpretación y enunciado a partir de ellos se restringen considerablemente hasta un nivel de probabilidad reducida, no determinable con exactitud por medios estadísticos. Esto mismo es válido también para los cálculos del tamaño de la población o la tasa de fertilidad.

Pocas veces se realiza el esfuerzo por determinar posibles estructuras sociales y definir, en términos antropológicos, las diferencias entre estos grupos. En este sentido, la obra de Kunter no representa ninguna excepción. Para el análisis paleodemográfico se tienen en cuenta estas diferencias, pero no en relación a la

morfología. Esto es comprensible debido a que los datos disponibles no son lo bastante amplios como para fundamentar los enunciados correspondientes. Sin embargo, no se discute en qué medida la diferencia establecida por Kunter entre un grupo social más elevado, con ajuar metálico, y otro más bajo, sin este tipo de material, está justificada desde el punto de vista arqueológico (ver, en cambio, la propuesta de Lull y Estévez, 1986). La constatación de diferencias sociales, tanto desde una perspectiva antropológica como arqueológica, pudo realizarse para poblaciones de Alamanes, de época merovingia, en Württemberg (Czarnetzki *et al.*, 1983). Las diferencias antropológicas se correspondían también con las observaciones realizadas entre clases sociales de poblaciones modernas (Schumacher y Knussmann, 1978). Mientras Kunter, en base a su subdivisión establecida a partir de la presencia o ausencia de objetos de metal en las tumbas argáricas, únicamente constata grupos de edad, los datos aportados para las criaturas sugieren un mayor cuidado precisamente de este grupo de edad entre las clases sociales «más altas». De ello se deduciría que, justamente en estos grupos, se producirían mayores niveles de mortalidad entre la población adulta, tal y como queda reflejado en los porcentajes. Por ello, los histogramas aportados podrían interpretarse como reflejo de diferencias sociales, más que estrictamente como una cuestión de edad en la distribución del metal en los ajuares. De todas formas, cabe considerar la validez de usar la presencia de metal en las tumbas como criterio exclusivo de diferenciación social. Otros tipos de ajuar, especialmente la cerámica, o la importancia de los contenedores quedan sin discutir. Por lo tanto, la conclusión de que no existen marcadas diferencias sociales entre las poblaciones argáricas, sino exclusivamente grupos de edad, no puede ser aceptada en base a esta línea de argumentación.

Finalmente, parece importante comentar el significado de los enterramientos individuales y múltiples. Kunter simplemente señala la frecuencia en la que aparecen las diferentes combinaciones. Incluso pasa por alto las posibilidades de efectuar un análisis de parentesco, algo que comienza a ser bastante frecuente, independientemente del valor que se le quiera otorgar en el estado actual de la investigación. Precisamente, trabajos recientes han demostrado que en las *Minutiae* (variantes menores y mayores que, por lo general, son escasas en las muestras) existe la posibilidad de evaluar, a partir de la coincidencia de estas variantes escasas, indicios de parentesco. Sin embargo, cabe tener en cuenta que su ausencia no equivale a una demostración negativa. Una razón para la omisión de tales tipos de estudios podría verse en publicaciones tales como la de Rösing (1984) o en las recientes aportaciones de Herrmann (Reunión de Antropólogos Alemanes Binz/Rügen, 1991) que, al parecer, no conocen de manera suficiente la evolución hereditaria de estos rasgos característicos (cf. Czarnetzki, e. p.).

Los aspectos positivos y negativos del trabajo de Kunter no son de tanto peso como podría sugerir, a primera vista, la crítica metodológica esbozada aquí a un nivel general. Se ha querido resaltar también que los análisis de Kunter sobrepasan con mucho, en algunos aspectos, el nivel observado normalmente en publicaciones monográficas sobre material antropológico. Es por ello que los elementos de crítica y los aspectos deficitarios del trabajo señalados aquí, deben ser entendidos, no tanto como un mero ejercicio de crítica, sino como una propuesta de líneas de investigación para futuros trabajos paleoantropológicos.

ALFRED CZARNETZKI

Osteologische Sammlung, Universität Tübingen.

P.O.Box. 1271. D-7400 Tübingen. Fax: 7071-296406.

BIBLIOGRAFIA

- ACSÁDI, G. y NEMESKÉRY, J. (1970): *History of Human Life Span and Mortality*. Akademia Kiadó. Budapest.
- CREEL, N. (1968): *Die Anwendung statistischer Methoden in der Anthropologie. Beitrag zur Erklärung der Entwicklungsprozesse europäischer Populationen*. Tesis Doctoral. Universidad de Tübingen.
- CZARNETZKI, A. (1975): «On the question of correlation between the size of epigenetic distance and the degree of allopatry in different populations». *Journal of Human Evolution*, 4: 483-489.
- (e.p.) Epigenetische Skelettmerkmale im Populationsvergleich. Eine Apologie.
- CZARNETZKI, A., UHLIG, CHR. y WOLF, R. (1983): *Menschen des frühen Mittelalters im Spiegel von Anthropologie und Medizin*. Landesmuseum Baden-Württemberg, Stuttgart.
- FEREMBACH, D. *et al.* (1979): «Empfehlungen für die Alters— und Geschlechtsbestimmung am Skelett». *Homo*, 30, 2: 1-32.
- HAYNIS, K. y NOVAK, J. T. (1976): «Die Verwachsung der Nähte am Schädel». *Anthropologie (Brno)*, 14, 1: 889-892.
- IHM, P. *et al.* (1967): «Taxonometrische Untersuchungen an Epilachna-Stichproben aus Zentralafrika». *Biometr. Z.*, 9, 3: 159-179.

T. P., 1992, nº 49

- LANGENSCHIEDT, F. (1985): «Methodenkritische Untersuchungen zur Paläodemographie am Beispiel zweier fränkischen Gräberfelder». *BIB, Materialien zur Bevölkerungswissenschaft*, SH, 2, Wiesbaden.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J. (1986): «Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas». En: *Homenaje a Luis Siret 1934-1984*, Sevilla: 441-452.
- MORANT, G. M. (1935): «An attempt to estimate the relative variabilities of various populations». *Deutsche Rassenkunde*, 2: 296-311.
- PERIZONIUS, W. R. K. (1984): «Closing and non-closing sutures in 256 crania of known age and sex from Amsterdam (A.D. 1883-1909)». *Journal of Human Evolution*, 13: 201-206.
- RÖSING, F. W. (1975): *Die fränkische Bevölkerung von Manheim-Vogelstang (6-7 Jh.) und die merowingerzeitlichen Germanengruppen Europas*. Tesis Doctoral. Universidad de Hamburgo.
- (1977): «Methoden und Aussagemöglichkeiten der anthropologischen Leichenbranduntersuchungen». *Archäol. u. Naturwiss*, 1: 53-80.
- (1984): «Discreta of the human skeleton: A critical review». *Journal of Human Evolution*, 13: 291-323.
- (1990): *Qubbet el Haiva Elefantine; Zur Bevölkerungsgeschichte von Agypten*. Stuttgart.
- SCHULTZ, M. (1985): «Erkrankungen der Kinder in der frühen Bronzezeit». *Informationen de la Universidad de Göttingen*, Mayo: 5-10.
- (1987): «The diseases in a series of children's skeletons from Ikiz Tepe, Turkey». *Proc. Paleopath. Assoc. 5th European Meeting*, Siena.
- SCHUMACHER, A. y KNUSSMANN, R. (1978): «Sind die Körperhöhenunterschiede zwischen den sozialen Ständen beim Menschen ein Modifikations— oder Siebungseffekt». *Homo*, 28: 235-244.
- SIRET, E. y SIRET, L. (1890): *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España*. Barcelona.

EDLUND, Ingrid E. M.: *The Gods and the Place: Location and Function of Sanctuaries in the Countryside of Etruria and Magna Graecia (700-400 B.C.)*. Skrifter Utgivna av Svenska Institutet i Rom, 4^o, XLIII. Estocolmo. 1987. 156 pp. ISBN 91-7042-119-6.

El mundo de la religión prerromana sigue despertando el interés de diversos investigadores. Junto a obras de conjunto sobre áreas concretas, como las de Colonna (1985), Brunaux (1988), Wait (1986), etc... la autora nos ofrece con este libro un panorama sobre los santuarios rurales en dos regiones: Etruria y Magna Grecia. Se trata de la culminación de varios años de investigación sobre los cuales ya había ido dando a conocer algunos de sus resultados (Edlund, 1985). Su experiencia personal de campo se centró en las excavaciones en dos áreas diferentes: Metaponto, en Magna Grecia, y Murlo, en Etruria. La tesis principal que defiende la autora en esta obra es que, a pesar de que desde un estricto punto de vista geográfico, cualquier santuario no localizado en la urbe podría ser considerado rural, el uso más limitado del término debe servir para valorar el papel desempeñado por los habitantes de la ciudad y del campo, al determinar el desarrollo religioso, político, y económico de un área determinada. De esta forma, divide los santuarios en las siguientes categorías:

1^o «Lugares sagrados naturales» serían aquéllos situados en parajes naturales, en montañas, junto a manantiales, en lugares escarpados, etc. Es decir, en lugares donde la propia naturaleza jugara un papel determinante y, por tanto, pudiera ejercer su fascinación sobre el ser humano sin necesidad de la intervención directa del mismo.

2^o «Los santuarios rurales» localizados en lugares naturales de especial relieve pero directamente relacionados con pequeños asentamientos rurales y frecuentemente alterados por el hombre. Aunque la mayoría de los santuarios rurales tuvieran su origen en los lugares sagrados naturales, sobre todo en aquéllos con agua y árboles que pudieran ofrecer sombra y cobijo a hombres y animales, el aspecto social de santuario, como lugar de reunión y encuentro, influiría también en su localización. En Magna Grecia la colonización del campo iría acompañada de la fundación de santuarios rurales, por lo que éstos serían más característicos que en Etruria.

3^o Santuarios «extraurbanos» serían los santuarios localizados en el campo, pero pertenecientes a la «esfera»

T. P., 1992, nº 49

de la ciudad y, por consiguiente, dependerían de la misma, desde el punto de vista religioso, político y social. Se trataría, por tanto, de una extensión de las manifestaciones religiosas de la ciudad. Desde el punto de vista arquitectónico los santuarios extraurbanos más relevantes serían los templos situados en las fronteras entre los territorios de las colonias griegas de Magna Grecia. Como «santuarios fronterizos» representarían los intereses políticos de cada colonia pero servirían, asimismo, para enfatizar el carácter griego del territorio. Debido a su localización, junto a ríos y promontorios, estos templos serían no sólo visibles, sino que también proporcionarían un espacio neutral como lugar de reunión entre diferentes grupos coloniales y, quizá, no sólo de griegos. En el caso de Gravisca se trataría de un santuario portuario fundado por griegos para cultos griegos pero con carácter etrusco posterior, como demuestran las dedicatorias, vinculado a Tarquinia como ciudad portuaria. En Etruria, los santuarios extra-urbanos equivalentes, representarían los intereses y necesidades de las diferentes comunidades. Del mismo modo, en esta región, los llamados «santuarios políticos», a diferencia de los santuarios fronterizos de Magna Grecia, no tomarían la forma arquitectónica de los templos urbanos extramuros. La función principal de estos santuarios sería proporcionar un buen lugar de reunión y encuentro para los representantes de las comunidades próximas, donde incluso podrían residir durante períodos limitados de tiempo. El aspecto religioso estaría ligado a procesiones, banquetes, competiciones, etc.

4º Por último, los «santuarios extramuros», localizados en las inmediaciones de la ciudad. Vinculados, en general, al agua y a la purificación, por lo que las exigencias del ritual del culto serían suficientes para justificar su emplazamiento.

La autora se inclina por la interpretación de *Poggio Civitate* como santuario, alineada con las tesis de Caputo (1970), Cristofani (1975), Staccioli (1970), etc. Para ella, se trataría de un lugar de encuentro ritual de gentes de áreas próximas y así, los frisos decorativos servirían para destacar el papel del edificio como lugar de reunión, con carácter político, más importante de la zona. Defiende, por tanto, su interpretación como sede de una confederación religiosa. Hoy en día, sin embargo, parece que cobra mayor relieve su interpretación como residencia dinástica de tipo palacial (Torelli 1985), lo mismo que ha ocurrido con Acquarossa. En la P. Ibérica contamos también con un caso similar en Cancho Roano interpretado primero como santuario (Maluquer, 1981, 1987) y últimamente como edificio de carácter palacial (Almagro-Gorbea et alii 1991).

Respecto a la propia interpretación de los santuarios parece muy sugerente su clasificación (el papel de las aguas, los bosques, caminos, etc...). Quizá su visión del mundo etrusco, como sociedad eminentemente urbana, donde la ciudad domina el campo, sea excesiva, infravalorando el peso del mundo rural que debió jugar un papel más destacado con sus formas de expresión religiosa propias, eminentemente pobres y, por ello, más difíciles de rastrear arqueológicamente.

Independientemente de algunas interpretaciones polémicas, resulta envidiable la visión general que se ofrece sobre los santuarios etruscos y de Magna Grecia, habida cuenta del estado tan embrionario en el que nos encontramos en los estudios sobre este campo en la P. Ibérica.

LOURDES PRADOS TORREIRA
Departamento de Prehistoria y Arqueología.
Universidad Autónoma. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO-GORBEA, M., DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. y LÓPEZ-AMBITE, L. (1991): «Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica». *Madridier Mitteilungen*, 31: 251-308.
- ALMAGRO-GORBEA, M., DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. (1991): «El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales». *Zephyrus*: 339-382.
- BRUNAU, J. L. (1988): *The Celtic Gauls: Gods, Rites and Sanctuaries* (ed. ingl.). Ed. Seaby. Londres.
- CAPUTO, G. (1970): Recensión a «Poggio Civitate». *Studi Etruschi*, 38.
- COLOGNA, G. (1985): *Santuari d'Etruria*. Regione Toscana. Electa. Milán.
- CRISTOFANI, M. (1975): «Considerazioni su Poggio Civitate». *Prospettiva*, n. 1.
- EDLUND, I. (1985): «Man, nature, and the Gods: a study of rural sanctuaries in Etruria and Magna Graecia from the seventh to the fourth century B.C.». En C. Malone y S. Stoddart (ed.): *Papers in Italian Archaeology, IV* B.A.R. Inter. Ser 246: 21-32.
- MALUQUER, J. (1981): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)*. Barcelona.
- et al. (1987): *El santuario de Zalamea de la Serena (Badajoz)*. Barcelona.

T. P., 1992, nº 49

- STACCIOLI, R. A. (1976): «Considerazioni sui complessi monumental di Murlo e di Acquarossa», *Mélanges J. Heurgon*. Roma.
- TORELLI, M. (1985): «Introduzione». En S. Stopponi (ed.): *Casa e palazzi di Etruria*. Regione Toscana. Electa.
- WAIT, G. A. (1986): *Ritual and religion in Iron Age*, 2 vols. B.A.R. B.S. 149.

NICOLINI, Gérard: *Techniques des Ors Antiques. La bijouterie ibérique du VII au IV siècle*. Picard éditeur, 1990, vol. I texto: 646 pp., vol. II álbum: 227 láms. 8 mapas. ISBN (para ambos volúmenes): 2-7084-0405-9.

Para aquellos interesados en el mundo de la metalurgia prehistórica, particularmente en la del oro, existen dos hitos que marcan el transcurso de la investigación actual: el primero fue la obra de A. Hartmann sobre datos analíticos de los oros peninsulares, publicada en 1982; el segundo es este libro que me cabe el placer de comentar. Su gestación es prolongada; la idea parte de 1966, como dice el autor en su prólogo, y va madurando hasta 1985, fecha de actualización de datos. La larga espera hasta su edición se debe sin duda a lo voluminoso y complejo de la obra, de tal manera que no exagero si la califico de enciclopédica. Llegado este punto tendré que justificarme.

El propio título aclara la estructura de la obra y a la vez plantea cuestiones conceptuales importantes. Título y subtítulo son partes bien diferenciadas que hubieran podido publicarse de manera independiente, sin perder por ello su validez.

La parte «Techniques des Ors Antiques» es la recopilación exhaustiva de la investigación pasada y presente sobre el tema. En seis largos capítulos se expone el conocimiento actual sobre las técnicas de orfebrería prerromanas en todo el Mediterráneo y Próximo Oriente, con apartados específicos aplicados a la Península Ibérica que salen del marco cronológico estricto establecido —siglos VII a IV a. C.— para incluir toda la prehistoria. Aborda asuntos polémicos como el origen del metal y las distintas interpretaciones de los análisis de A. Hartmann; establece origen y fechas para las primeras piezas moldeadas peninsulares; ordena y define todas las técnicas de base laminar; identifica modos de trabajar el hilo de filigrana; describe el granulado; reconstruye los elementos de la joya; y un largo etcétera que sería tedioso enumerar.

No voy a comentar el debate sobre la cuestión analítica, que ya abordé *in extenso* en otro lugar (Perea, 1991), puesto que coincido en lo básico con el autor, aunque personalmente soy bastante más escéptica que él en cuanto a la validez de la línea de investigación emprendida por el laboratorio de Stuttgart en sus planteamientos actuales. Sí quiero, en aras del debate científico, polemizar sobre algunos aspectos relacionados con la tecnología prehistórica peninsular.

No creo que el problema de la aparición del trabajo del oro deba restringirse a su asociación o no con la cerámica campaniforme, pero me es difícil aceptar la tradicional perdurabilidad de una hipótesis según la cual las láminas decoradas se fabricaron mediante la utilización de cerámicas campaniformes como matriz (p. 66), con lo cual ambos materiales quedan indefectiblemente asociados. Tecnológicamente, el método propuesto es inviable o poco práctico y arqueológicamente la asociación es más que dudosa, si existe (Perea, 1991: 51-54, cuadro I; Pingel, 1986). Esto no impide mi acuerdo en que la generalización del empleo del oro, como símbolo de estatus o prestigio, sea un fenómeno campaniforme.

De extraordinario interés me parece la posibilidad de distinguir entre un batido «primitivo o vertical» y un batido «progresivo» en la fabricación de láminas de oro, base técnica de muchas de las realizaciones de la orfebrería antigua (capítulo III, I parte). Sin embargo, la práctica del pulido posterior impide la permanencia de las huellas que identifican uno u otro método, haciendo inviable la distinción salvo para las etapas iniciales de la metalurgia del oro —Calcolítico y Edad del Bronce—. Este mismo problema de superposición de huellas se plantea en el caso del fundido o moldado (capítulo II, I parte). Aquí la cuestión es determinar cuando podemos considerar una pieza fabricada en molde (pág. 50). En mi opinión, moldeado del cobre y moldeado del oro son

T. P., 1992, nº 49

sincrónicos, como sincrónica debe ser la metalurgia de ambos metales. El trabajo del metal en sus primeras etapas se basaba en mayor medida en el martillado para dar forma a una pieza; pero siempre se parte de un fundido inicial de la porción de metal que se va a emplear, y aquí quiero dar fe nuevamente de mi escepticismo en cuanto al trabajo directo de la pepita de oro encontrada en el río. ¿Hasta qué punto ese fundido inicial puede conformar la morfología definitiva de la pieza? o en otras palabras, ¿qué cantidad de trabajo de martillado ha necesitado el material fundido para adquirir la forma deseada? creo que es una cuestión de límites, y por ello, hasta cierto punto arbitraria. El paso de una tecnología basada mayoritariamente en el martillado a otra exclusivamente de moldeo no puede establecerse en un momento determinado porque se trata de un proceso y no de un invento.

En el capítulo dedicado a la fabricación de hilo para la filigrana (capítulo IV, I parte) se describen un buen número de técnicas, algunas de las cuales requieren el empleo de la hilera. Sin entrar en la polémica de la existencia de semejante artilugio en época prerromana, creo más prudente evitar el término «hilo trefilado» por el más aséptico de «hilo alisado» que el autor emplea ocasionalmente. La identificación de una determinada técnica en la fabricación de hilos es una tarea compleja que sólo ha empezado a estudiarse muy recientemente. La observación de las piezas con lupa binocular es un primer paso que debe completarse con métodos que permitan un mayor distanciamiento de lo opinable o subjetivo. Así, el microscopio electrónico ofrece esta posibilidad como el propio autor apunta (p. 128). Ejemplo de que la investigación todavía está en sus inicios es nuestro fructífero desacuerdo en cuanto al sistema de fabricación de los hilos en el taller de Cádiz (pp. 120-124) (Perea, 1990). Lo mismo cabe decir de las técnicas de soldadura en el granulado (capítulo V, I parte); los análisis realizados son contadísimos y sus resultados objeto de diversas interpretaciones. Por ello, creo que opinar sobre el método de soldadura empleado en determinadas piezas, sobre la base de su aspecto o color superficial y careciendo de datos analíticos, es cuanto menos arriesgado.

El bloque dedicado a «La bijouterie ibérique du VII au IV siècle» comprende tres partes: catálogo y tipología de las piezas (III parte); descripción de los yacimientos arqueológicos y grupos en que ha quedado ordenada la joyería ibérica (II parte); finalmente un estudio iconográfico (IV parte).

El término «ibérico», según el empleo que hace el autor tiene un significado ambiguo y poco habitual. Por un lado se refiere exclusivamente al ámbito geográfico de Iberia, pero por otro, concierne a aquellas realizaciones propias del ámbito de desarrollo de la cultura ibérica peninsular: Levante y S.O. a partir del siglo VI-V a. C. Sin embargo, a la hora de establecer una cronología relativa para los «tesoros» distingue dos grandes etapas: una época arcaica, desde el siglo VII a mediados del V, y una época media posterior (p. 214). Al pasar a términos más generales, incluyendo todas las piezas recogidas en su catálogo, propone una ordenación tripartita, con distintas denominaciones (p. 626): un primer arcaísmo, o período «orientalizante tartésico», del 700 a 560 a. C.; un segundo arcaísmo, «ibérico antiguo» o «tartésico tardío» entre el 560 y el 440; y una época media o «ibérico pleno» entre el 440 y el 260, con una segunda fase hasta la romanización.

Esta ordenación se completa con otra basada en grupos geográficos, al modo de la que hizo Raddatz (1969) para los tesoros peninsulares, cuyo sentido no acaba de quedar perfectamente claro. Así, dice el autor: «Les groupes qui apparaissent dans la géographie de la bijouterie d'or ibérique sont d'importance très inégal et des limites quelques fois imprécises, sauf dans le cas de Cadix qui constitue à lui seul un centre de production à l'époque moyenne» (p. 235). En el caso de Cádiz sí parece claro que grupo geográfico es equivalente a taller o centro de producción, pero no así en otros. Por ejemplo, el grupo «ibérico propiamente dicho» se caracteriza precisamente por su heterogeneidad (p. 244), argumentando su unidad en la existencia de un tipo de pieza, *boucles d'oreille à ligature*, que a mi entender no puede ser significativo porque, primero, es una creación originaria del mundo fenicio-púnico, segundo, su dispersión geográfica va más allá de los límites fijados para este grupo, y tercero, su cronología se extiende más allá y más acá de la época media a la que pretenden caracterizar. Creo que el estudio geográfico debiera haberse limitado a los mapas de dispersión puesto que, tal como queda planteado, confunde más que ayuda al lector; y en todo caso, plantear separadamente la cuestión de la existencia e identificación de talleres.

La propuesta de cronología absoluta es el aspecto más innovador de este enjundioso estudio, y por ello una de las que suscitará mayor polémica. El criterio fundamental es el contexto arqueológico para aquellos contados casos en que existe. El segundo, y casi exclusivo, criterio empleado es el tecnológico sobre la base del modelo difusionista: «... la réalité de cette diffusion est indéniable...» (p. 623); esta declaración de principios tan radical es, en mi opinión, ciertamente discutible. Finalmente, se apoya en paralelos formales y estilísticos.

Uno de los aciertos que me parece importante señalar, porque marca la ausencia de prejuicios con la que se ha abordado este estudio, es la valoración de conjunto de la orfebrería peninsular: «... l'Ibérie s'inscrivant parmi les centres de création au même titre que l'Etrurie ou la Grece continentale...» p. 623). Así por ejemplo, la producción áurea de Cádiz se contempla desde una perspectiva que arroja mayor luz a la corta visión

tradicional: la supuesta dependencia de Cartago no es tal, sino que por el contrario, fue Cádiz el centro difusor de muchas de las innovaciones técnicas y tipológicas (p. 243); algo que yo había apuntado ya hace algunos años (Perea, 1986: 297-298 y 308).

Por lo que respecta a los contactos con Etruria, no serían anteriores al siglo VI a. C. puesto que el autor toma, en este caso, como referente cronológico las piezas etruscas para situar las ibéricas, y no al contrario... Argumenta que el granulado de fondo presente en algunas piezas de Aliseda no puede ser una innovación tecnológica peninsular (p. 157) y que en Etruria éste sólo aparece en el último cuarto del siglo VI; por ello, fecha el cinturón y los brazaletes de Aliseda a partir de ese momento (p. 217). No veo la razón por la que no se pueda pensar en creaciones independientes cuando el granulado de fondo etrusco y el peninsular presentan aspectos formales y técnicos muy diferentes, y cuando la creatividad y originalidad de los talleres locales está suficientemente probada; en cualquier caso, la influencia etrusca se puede rastrear con bastante anterioridad en la Península; por ejemplo, la lámina de Peña Negra, Crevillente, con palmetas y ánades estampadas tiene estrechos paralelos formales iconográficos y técnicos de la producción etrusca de finales del siglo VII a. C. (Cristofani Martelli, 1985 fig. 96); o en cuanto a técnicas, la filigrana al aire en forma de meandros, presente en el taller de Cádiz de ese mismo momento (Perea, 1991: 204-206).

Otra de las razones empleadas por el autor para rebajar la fecha de algunas piezas de Aliseda es de carácter iconográfico. La palmeta cerrada, o de cuenco, sería característica del segundo arcaísmo, posterior a mediados del siglo VI, porque así se fecha en Aliseda (p. 586). Es un argumento circular que no se sostiene. Sin embargo, como el propio autor apunta, la palmeta de cuenco está presente en la iconografía peninsular hacia el siglo VII a. C. en los marfiles del Bajo Guadalquivir e incluso en el escarabeo de amatista del propio conjunto de Aliseda, pieza que sí fecha entre los siglos VII-VI a. C. en mi opinión, no hay ningún dato o argumento de peso que justifique llevar el grueso de las piezas de Aliseda hasta finales del VI, por el contrario existen toda una serie de indicios encadenados que aconsejarían situar el conjunto a inicios del siglo VI a. C., como fecha más tardía, y con piezas desde luego más antiguas (Perea, 1991: 210-211).

Tampoco me parece prudente atomizar las fechas de cada una de las piezas del conjunto del Cortijo de Eborá (Evora) (p. 218-220) desde finales del siglo VII (diadema) hasta el III a. C. (anillos de sello). Ni el contexto arqueológico, ni la técnica, ni la tipología justifican esta enorme dispersión cronológica que propone, aun entendiendo con el autor que todas las piezas de un tesoro no tienen necesariamente que fecharse en el mismo momento. En este asunto de la cronología de un material tan especial como el oro hay que tener en cuenta que ciertas diferencias morfológicas o técnicas, e incluso estilísticas, no siempre deben achacarse a una supuesta diacronía sino que existen, aunque no seamos capaces de identificarlas, diferencias de taller e incluso de artesanos.

Por lo que respecta al catálogo, no pretendo ser exhaustivo sino orientativo. Los criterios selectivos del autor han sido los de representar todos los tipos y subtipos que ha identificado, y el de la calidad de las piezas. El contenido de cada ficha es un completo resumen que incluye descripción técnica, iconográfica y argumentación cronológica. Sólo quiero precisar algunas cuestiones que me parecen de importancia. Las piezas nº 276 a, b, c, que denomina «elementos articulados» son en realidad pendientes etruscos del tipo denominado «a baúle», tanto por tipología como por fabricación, y así lo argumenté ya en otra ocasión (Perea, 1986a); no se pueden considerar piezas de fabricación peninsular puesto que además proceden de un heterogéneo conjunto de joyas compradas en el mercado de antigüedades.

La famosa «abeja de Cádiz» (nº 269) creo que tampoco tiene cabida en este catálogo, en primer lugar porque sus características están en mejor acuerdo con una orfebrería de época romana que ibérica (Perea, 1986: nota 66 a pie de p.) y en segundo porque según los rasgos anatómicos se asemeja más a una mosca que a una abeja.

La demora entre la finalización del estudio y la publicación es causa de ciertas ausencias que en ese tiempo han cambiado el panorama de la investigación. Son hallazgos de la suficiente entidad como para dar noticia aquí. Se trata de las piezas procedentes de la necrópolis fenicia de Cádiz (Perdigones y Balinas, 1985; Perdigones, Blanco y Muñoz, 1985; Perdigones y Muñoz, 1985; Perdigones y otros, 1990). Otro hallazgo de importancia ha sido el del conjunto de Segura de León (Badajoz) que matiza y completa el panorama de la orfebrería extremeña (*Las piezas de oro de Segura de León...*, 1985; Berrocal, 1989).

La IV parte del libro se dedica a la iconografía. Constituye una guía completa de temas e imágenes en el mundo de la orfebrería. Confieso mi incapacidad para abordar este asunto desde una perspectiva crítica y lo dejo, por tanto, en manos de quienes puedan y quieran hacerlo porque me parece de la suficiente importancia como para dedicarle tiempo y espacio. No renuncio, sin embargo, a señalar aquellos puntos que me han sorprendido. Por ejemplo, en un afán, a mi modo de ver desmedido, por encontrar sentido a todo tipo de formas ornamentales el autor interpreta como representaciones esquematizadas del disco solar alado el registro inferior de las piezas en forma de lengüeta en la diadema de Eborá (Evora) (pp. 562-563). O bien, las semiesferas

rematadas con botón central en las arracadas de Santiago de la Espada que interpreta como senos femeninos esquematizados, o símbolos de fecundidad (p. 602). Error de interpretación creo que comete el autor cuando describe un anillo de sello procedente de Cádiz (nº 137) con decoración de hombre sacrificando a un niño, cuando en realidad se trata de una herma (busto sobre estípite), como amablemente me ha confirmado el Dr. Ricardo Olmos (pp. 611-612). En general, hecho de menos un estudio semántico de las asociaciones y tratamiento de los temas, integrados en la sociedad ibérica; la reacción de esa sociedad ante la llegada de una iconografía exótica y su manipulación local: rechazo y aceptación, cambios, reinterpretaciones y evolución diacrónica.

Para finalizar quiero hacer hincapié en que este libro supone una importante obra de investigación, que llena lagunas, abre caminos y perspectivas y por ello, levantará polémica. No cabe mejor augurio para una línea de investigación que no ha hecho más que comenzar.

ALICIA PEREA
Museo Arqueológico Nacional.

BIBLIOGRAFIA

- BERROCAL, L. (1989): «Placas áureas de la Edad del Hierro en la Meseta Occidental». *Trabajos de Prehistoria*, 46: 279-291.
- CRISTOFANI, M. y MARTELLI, M. (1985): «L'oro degli etruschi». Novara.
- HARTMAN, A. (1982): «*Páthistorische Goldfunde aus Europa II*». Studien zu den Anfängen der Metallurgie, Band 5, Berlin.
- PERDIGONES, L. y BALINAS, R. (1985): «Excavaciones de urgencia en un solar de la calle Tolosa Latour (Cádiz) en 1985». *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III: 63-70.
- PERDIGONES, L., BLANCO, F. y MUÑOZ, A. (1985): «Excavaciones de urgencia en un solar de la calle Ciudad de Santander esquina Brunete (Cádiz) en 1985». *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III: 53-54.
- PERDIGONES, L. y MUÑOZ, A. (1985): «Excavaciones de urgencia en un solar de la plaza de Asdrúbal (Cádiz) en 1985». *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III: 58-62.
- PERDIGONES, L., MUÑOZ, A. y PISANO, G. (1990): «*La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz, siglos VI-V a. de C.*». Studia Púnica 7, Roma.
- PEREA, A. (1986): «La orfebrería púnica de Cádiz». En: G. del Olmo y M. E. Aubet (dir.): *Los Fenicios en la Península Ibérica*. vol. I. Ed. AUSA. Sabadell: 295-322. (= *Aula Orientalis*, 3, 1985).
- (1986a): Recensión: M. J. Almagro Gorbea «Orfebrería fenicio-púnica en el Museo Arqueológico Nacional», *Trabajos de Prehistoria*, 43: 317-319.
- (1990): «Estudio microscópico y microanalítico de las soldaduras y otros procesos técnicos en la orfebrería prehistórica del sur de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 47: 103-160.
- (1991): «*Orfebrería Prerromana. Arqueología del oro*». Caja de Madrid. Comunidad de Madrid.
- PIEZAS DE ORO DE SEGURA DE LEÓN Y SU ENTORNO ARQUEOLÓGICO, LAS (1985): Junta de Extremadura.
- PINGEL, V. (1986): «Zum Beginn der Goldmetallurgie im Westen der Iberischen Halbinsel». *Marburger Studien zur Vor- und Frühgeschichte*, 7: 193-211.
- RADDATZ, K. (1969): «*Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel. Von Ende des Dritten bis zur Mitte des Ersten Jahrhunderts Vor Chr. Geb.*». *Madridischer Forschungen* 5, Berlin.

La muséologie selon Georges Henri Rivière: Cours de Muséologie. Textes et témoignages.
Hélène Weiss, ed. lit. Paris: Dunod, 1989. 402 pp., 130 pp. con lám.; 27 cm. ISBN
2.04.18706-5.

Esta obra recientemente editada se ha convertido prácticamente en un clásico de la Museología, objeto de obligada consulta para todos aquellos que acuden a los diversos cursos que, a distinto nivel, se imparten en nuestro país.

La razón del interés suscitado por el libro, se debe a su autor: Georges Henri Rivière, uno de los grandes impulsores de la Museología como *ciencia* y como *vocación social* tras la Segunda Guerra Mundial. Una segunda razón son su título y subtítulo que hacen preveer que nos encontramos ante un manual, una obra susceptible de ser utilizada como libro de texto. Sin embargo ya veremos que esta apreciación, sin ser falsa no es del todo exacta.

La edición de esta obra de lujo está patrocinada por la «Asociación de Amigos de Georges Henri Rivière», depositaria de sus archivos, por ello el libro es un continuo homenaje al museólogo: dedica un amplio espacio a su biografía recogiendo su relación con el mundo intelectual y social contemporáneo, sus creaciones esenciales siempre ligadas a sus cargos y una amplia bibliografía de sus escritos desde 1926 a 1987.

Georges Henri Rivière (1897-1985), director del Museo Nacional de Artes y Ediciones Populares de París hasta su jubilación en 1967, fue de 1970 a 1982 director de la Escuela del Louvre. Colaboró en la creación del ICOM dentro de la UNESCO, institución que dirigió de 1948 a 1966 y de la que fue consejero hasta su muerte. Paralelamente fue redactor de la revista *Nouvelles de l'ICOM* y formó parte del Comité de redacción de *Museum*. Su posición le permitió ser el máximo impulsor del «Ecomuseo como fruto del pasado, el presente, el futuro, la geología, el clima y la historia, los valores y las producciones de los hombres» y animó en varias ocasiones la idea de que el ICOM publicase un completo «Curso de Museología», proyecto que sigue en marcha dentro de este organismo.

La principal característica de este tratado sobre museología, estriba en la forma en que ha sido realizado. Recoge las enseñanzas de G. H. Rivière durante sus años como director de la Escuela del Louvre, de ellas sólo quedaban textos policopiados que variaban de año en año en una continua puesta al día y que ya eran mencionadas en los escritos sobre museología elaborados por autores españoles (León, 1982; Salas, 1980). Los textos han sido redactados por sus discípulos, coordinados por Hélène Weiss, quien explica la forma en que se han revisado y cotejado durante dos años los apuntes de clase de los alumnos asistentes a la Escuela y se han enviado cuestionarios a discípulos relevantes sobre temas concretos museológicos a fin de conocer su opinión y por la cercanía de las respuestas establecer la pervivencia del «*espíritu de Rivière*». La exposición que se hace del plan metodológico de la obra y del establecimiento de su contenido, nos parece del máximo interés ya que justifica la sorprendente concisión de los textos, seleccionados mediante un sistema que podríamos considerar de trabajo de campo etnográfico, no en vano era la disciplina científica por la que mayor interés mostraba el autor.

El plan de la obra, al margen de los apartados dedicados al inspirador del contenido, se adecúa al programa de los Cursos de Museología del Louvre, mientras él los dirigió, bajo cuatro amplios epígrafes «Museo y Sociedad», «Museo y Patrimonio», «Museo, instrumento de educación y cultura», «La institución museística».

La mayoría de los tratados sobre museos comienzan con la definición de los términos: «museo», «museología» y «museografía», y éste no es una excepción. La peculiaridad es que presenta una evolución de los vocablos en la que el propio Rivière participó y que lleva intrínseca el afán de acercar cada vez más la cultura a la sociedad y a su entorno.

La clasificación según Rivière de los diversos tipos de museos, es un desarrollo de la del ICOM, pretende ser exhaustiva y ha sido recogida en nuestro país por diversos autores que contemplan también otras posibilidades. Resaltamos la diferenciación entre «museos multidisciplinares»: museos mixtos, conjunto de museos unidisciplinares sin relación, como ocurre en la mayoría de los museos locales y «museos interdisciplinares», de tema único tratado en todos sus aspectos. Se ejemplifica a lo largo de todos los capítulos pero siempre haciendo mayor hincapié en los «ecomuseos», como ejemplo de museo interdisciplinar y de finalidad didáctica. Como complemento, H. Weiss muestra una serie de imágenes de distintos museos con diferentes ubicaciones, disciplinas, propiedad, etc., con el fin de que el lector puede establecer su propia clasificación. Esta es una efectiva técnica escolar que obliga al alumno a observar, establecer comparaciones y extraer conclusiones.

La política cultural de los museos, según su pertenencia al mundo capitalista, socialista o tercermundista, resulta en la fecha actual demasiado simplista por razones conocidas para todos.

Un apartado que merece especial mención por su actualidad es el dedicado a la documentación. Redactado sobre textos de Yvonne Oddon, desaparecida en 1982, esboza las líneas directrices que debe seguir dentro del museo una pieza desde su ingreso hasta su puesta disposición del público. Apunta, sin desarrollar, la ayuda que la informática puede prestar al museólogo e investigador. Este aspecto ha sido estudiado en los últimos años entre otros por la Museum Documentation Association (Light et al., 1986), el Servei de Museus de la Generalitat de Catalunya (Generalitat, 1987-1989) y el Ministerio de Cultura.

La obra en conjunto, más que aportar soluciones aporta *ideas de actuación y líneas directrices* básicas de conservación, documentación, política educativa y cultural, organización y distribución interna y arquitectónica del espacio museístico y breves nociones sobre gestión administrativa y del personal. Destaca que cada museo es

diferente dependiendo de su disciplina, tamaño, ubicación, etc. y que tanto la planificación estructural como la de urgencia en las políticas de adquisiciones e investigación deben ir ligadas y son la base del Museo, pues determinan la previsión de ampliación de almacenes o salas de reserva, el espacio destinado a recepción de piezas y su registro, su documentación, su exposición y difusión al público y las medidas preventivas y de conservación con que deba equiparse el centro; siempre, repetimos, acorde con las características y objetivos del Museo.

Subrayamos y apoyamos la relación intrínseca de las políticas de adquisición e investigación ya que desde algunos ámbitos de la Administración se ha intentado implantar una tendencia, que separa la investigación de todos los demás aspectos que entran en la definición de «museo», que el propio Reglamento de Museos de Titularidad Estatal (España, 1987) hace suya. Esta polémica inclinación conduciría a que la única misión de los museos y su personal sea preparar las piezas museísticas lo mejor posible, para que desde la Universidad las estudien y desde los Estudios de Diseño las expongan. *Interdisciplinariedad* no debe significar abandono de funciones, sino coordinación de las mismas.

A lo largo de toda la obra se mencionan y muestran ejemplos gráficos, positivos y negativos, de diversas tendencias arquitectónicas, expositivas y tipológicas. Estas citas aluden mayoritariamente a casos franceses, pero también a otras naciones y continentes, no en vano se trata de textos para la escuela museológica francesa. La única referencia a la trayectoria museística española es a las colecciones de especímenes de la Naturaleza de Toledo y Sevilla en el siglo XI, ni siquiera se cita el Museo del Prado junto al resto de los europeos creados en similares fechas.

El capítulo final de la obra escrito por André Desvallées, sigue el espíritu de puesta al día de Rivière, pues se dedica a la «Museología tras G. H. Riviere» en el que enfatiza las actuales tendencias en las que predomina la exposición temporal sobre la permanente.

El capítulo dedicado a la bibliografía esencial y actualizada hasta 1987, recoge obras francesas y algunas escritas en habla inglesa. En nuestro país la publicación de temas relativos al mundo de los museos se la debemos, en las últimas décadas, a la Asociación de Archiveros, Bibliotecarios, Documentalistas, a la colección «Cultura y Comunicación» del Ministerio de Cultura y a los Museos de Cataluña.

«La Muséologie» recoge enseñanzas impartidas en la Escuela del Louvre, la cual comenzó su andadura en 1882 con el estandarte de pionera en las enseñanzas relativas a los temas museográficos y documentación de las piezas, sin embargo en España existía ya la Escuela de Diplomática en la que se formaban los Facultativos del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

Desde 1987, la Escuela del Louvre ha sido transformada en una Escuela de Patrimonio (Sainte-Marie, 1987), con la finalidad de educar en la gestión y conservación en cualquier tipo de Patrimonio Histórico, en la línea de actuaciones que se ha seguido en algunas Comunidades Autónomas de nuestro país como Cataluña o Andalucía y que, en algún momento, se pensó en el Ministerio de Cultura.

El relevo en las enseñanzas museísticas en Europa ha sido tomado por el Departamento de Estudios Museológicos de la Universidad de Leicester, Reino Unido (Lewis, 1987), que ha editado varios manuales de museología (Kavanagh, 1990; Pearce, 1990) con deseos de universalidad.

Dentro de las enseñanzas museológicas que se imparten en nuestro país destacamos el Master de Museología de la Universidad Complutense, con un profesorado variable, ligado al mundo de la Universidad y los museos, pero sin que hasta el momento, se haya planteado la publicación de trabajos de elaboración y teoría propias, al estilo del comentado.

MAGDALENA BARRIL VICENTE
Jefe de Sección de Arqueología Celtibérica.
Departamento de Protohistoria y Colonizaciones.
Museo Arqueológico Nacional

BIBLIOGRAFIA

ESPAÑA. Decretos, Leyes (1987): *Real Decreto 620/1987 de 10 de abril, por el que se aprueba el Reglamento de Museos de Titularidad Estatal y del Sistema Español de museos: Art. 1º.*

GENERALITAT DE CATALUNYA. Servei de Museus. (1987-89): *Museus Documentació*. Barcelona, 1987-1989.

KAVANAGH, Gaynor (1990): *History Curatoschip*. University Press. Leicester; 190 pp.

LEÓN, Aurora (1982): *El Museo. Teoría, praxis y utopía*. 2.ª ed. Cátedra. Madrid, 378 pp.

T. P., 1992, nº 49

- LEWIS, Geoffrey (1987): «Los museos, la profesión y la universidad: los estudios museológicos en Leicester». *Museum* 157: 255-258.
- LIGHT, R. B., ROBERTS, D. A. y STEWART, J. D. (1986): *Museum Documentation Systems: Developments and Applications*. Butterworths. London, 332 pp.
- PEARCE, Susan (1990): *Archaeological Curatorship*. University Press. Leicester, 244 pp.
- SAINTE-MARIE, Jean Pierre (1987): «La Escuela del Louvre». *Museum*, 157: 265-267.
- SALAS LÓPEZ, Fernando de (1980): *El Museo, cultura para todos*. Ministerio de Cultura. Madrid, 333 pp.

A PROPOSITO DE UMA RECENTE RECENSÃO NA REVISTA: *Trabajos de Prehistoria*.

O último número de *Trabajos de Prehistoria* apresenta uma extensa recensão bibliográfica —tem cerca de 7 páginas— sobre um trabalho, relativamente recente, por mim publicado. Dados os termos violentos e perfeitamente descabidos que o autor usa, não posso deixar de apresentar aos responsáveis e leitores da revista da especialidade acima mencionada os meus pontos de vista sobre o assunto. Interessante mencionar que Carlos González Wagner teve a gentileza de, logo após a publicação das *Actas do IV Colóquio Linguas y Culturas Paleohispánicas* (Veleia, 2-3, 1987), me enviar, juntamente com algumas separatas de trabalhos de sua autoria, o seguinte carta de felicitações:

«He leído con interés su reciente trabajo sobre "Social and economic complexity in SW Iberia". Felicidades por su análisis. Un cordial saludo, Carlos G. Wagner».

Essa análise era, na realidade, o resumo de minha tese de doutoramento na Universidade de Cambridge intitulada *Social complexity in Southwest Iberia (8th-3rd centuries B.C.) aspects of evolution and interaction*, e que em 1988 é publicada pela BAR, com ligeiras actualizações sob o título: «*Social Complexity in Southwest Iberia (800-300 B.C.) — The case of Tartessos*» (Oxford, BAR, 1988, nº 439), e que é objecto da referida recensão bibliográfica por Carlos González Wagner. Não deixa assim de ser surpreendente uma tão súbita mudança de opinião acerca do meu trabalho.

No Prólogo de *Social Complexity in Southwest Iberia (800-300 B.C.) —The case of Tartessos*, salientei desde logo que a bibliografia, apesar de relativamente extensa, não pretendia ser absolutamente exhaustiva sobre os temas ali tratados, quer por se tratar de uma tentativa de síntese e refocagem de um tema que já havia dado origem a uma vasta bibliografia, quer por constar apenas do argumento e sugestão de um possível modelo para o entendimento do processo histórico desenvolvido naquele espaço de tempo no Sudeste Peninsular. Adoptei assim o critério referido desde logo no Prólogo de incluir apenas as obras consultadas, que em meu entender, tivessem contribuído de uma forma mais decisiva para o evoluir da investigação arqueológica e histórica. Não me ocorreu ressaltar que também estariam excluídas, logicamente, as obras publicadas em 1988 (e posteriormente!), data em que o trabalho foi publicado, muito dificilmente as de 1987, pois nesse ano já o trabalho estaria no editor; e com dificuldade as de 1986. Como se sabe há sempre uma demora entre o ano/data de publicação e o da distribuição dos livros, a que é necessário acrescentar ainda um lapso de tempo em que a obra chega realmente às mãos dos leitores. A investigação de Carlos González Wagner (1986a, 1986b, 1986c, 1987, 1988, 1989!), recai exactamente nestes últimos casos, o que muito lamento, e não vejo que o que publicou em 1983, se apresente definitivamente original face à obra vastíssima ainda que nem sempre original do seu mestre o Professor José María Blázquez, sobre este e outros temas.

Para além de sua animosidade pelo facto de não terem sido referidas na obra em discussão, as obras que publicou após a sua elaboração, as dificuldades de compreensão do Inglês que Carlos González Wagner apresenta, também não o ajudaram muito na compreensão e análise imparcial do trabalho. Vejamos: traduz o título do primeiro, capítulo «*The rise of Tartessos- Aspects of evolution and interaction (c. 800-500 B.C.)*» por «O

auge de Tartessos...» (p. 399) erro absolutamente básico e elementar. Toda a gente sabe que quando se diz «*The sun rise*», isso-não quer dizer «*O meio dia*» mas sim «*o nascer ou o levantar de sol*». Perante tais dificuldades, não admira que se note em toda a crítica de González Wagner um desespero, que apenas consegue suplantar por uma agressividade igualmente intempestiva, perdendo a serenidade e a objectividade, que num académico são verdadeiramente indispensáveis. Se num aspecto tão simples quanto aquele a dificuldade de entendimento foi tão grande, imagine-se o que não seria com conceitos e argumentações mais complexas.

Carlos González Wagner situa-se nitidamente no lado *Fenício/colonizador* da longa controvérsia sobre o desenvolvimento dos povos peninsulares, negando um papel de relevo aos povos peninsulares e a outros, nomeadamente os Gregos e os Etruscos. É evidente que o seu raciocínio se caracteriza, essencialmente, pelo prazer sofista da argumentação pela argumentação, como se pode observar nas críticas a outros trabalhos que tem publicado, ou, parecendo só considerar «inteligentes» e «válidos» os argumentos quando usados por si próprio. Rapare-se como se refere á minha citação do trabalho de Niemeyer, o grande e honesto arqueólogo alemão, que juntamente com Hermanfried Schubart, escavou a maior parte dos povoados fenícios de costa sul de Andaluzia, contribuindo assim, decisivamente para o seu conhecimento e caracterização, e ao quais devemos todos estar gratos: «como el que, inspirado en argumentos ofrecidos por Niemeyer, pretende hacernos creer que los asentamientos fenicios del litoral mediterráneo vivieron aislados y cerrados sobre sí mismos, sin contacto alguno de importancia con la población nativa», no entanto, o próprio C. G. Wagner diz isso mesmo em 1988 e em relação aos mesmos povoados: «Además de que las comunicaciones con el interior se ven seriamente dificultadas por las montañas que se extienden a pocos kilómetros de la costa, el hinterland inmediato no refleja, ni mucho menos, la existencia de un intenso tráfico comercial. Por otra parte, no se comprende bien la necesidad de tantos asentamientos contiguos destinados hipotéticamente a dar salida a los productos del interior, mientras que un comercio puramente local es difícilmente concebible *dada la ausencia de importantes centros de población autóctona*» (González Wagner, 1988: 424) Então como é? os argumentos só são válidos e inteligentes se usados por González Wagner?! E, quanto aos problemas dos contactos e influências Fenícias no Sudoeste, gostaria de esclarecer o meu ponto de vista: considero que os povos do Sudoeste Peninsular gozavam no Bronze Final, de grande desenvolvimento económico e socio-cultural, aspecto amplamente demonstrado por Schubart (1975), Coffyn (1985), Aubet (1977-78, 1982, 1986), e é impossível que sem quaisquer traços de total destruição, estes povos deixassem de exercer a sua actividade e influência na área em questão. Por outro lado, a existência de contactos em épocas recuadas com Fenícios, mas também Gregos, Cipriotas e Etruscos é um facto demonstrado histórica e arqueologicamente. Parece-me que a precipitação de C. G. W. na sua argumentação o levou a não considerar a área em questão: *O sudoeste peninsular, não a Andaluzia oriental*. Embora eu faça referência às colónias fenícias dessa zona, na verdade elas são inexistentes no Sudoeste com excepção de Gades, exactamente para caracterizar o tipo de contacto que foi feito (e nisso concordo inteiramente com M.^a Eugenia Aubet 1986), e salientar ainda os vestígios existentes nesta zona deixados por contactos com os Gregos (o que está sendo cada vez mais claro: não só nos aspectos linguísticos como culturais —por exemplo os carros de parada citados ainda recentemente por Muzzolini (1988), e outros aspectos citados pelos próprios autores Clássicos) bem como outros povos, que através de um processo complexo que desconhecemos, se foram introduzindo na Península, e conjugado as suas diferentes manifestações em determinadas zonas do Sudoeste. Aqui a análise que faço e as sugestões que dou enquadraram-se plenamente nos traços de evolução peninsular sugeridos também por Aubet (1986) embora focando zonas diferentes —e mesmo quanto a este trabalho repare-se que ele foi publicado com a data de 1986, e só é distribuído em 1988!

A mesma perplexidade nos atinge perante a argumentação usada no caso de Motia. Que indignação por ver nas minhas páginas que Motia, no início da sua fundação, não tivera a sua própria *Chora*, aspecto que é do conhecimento geral de todos os arqueólogos e historiadores que sobre o assunto se debruçam, e que mais uma vez aparece expresso em Tusa (1988), e que a final ele próprio defende: «*Y que Motia llegó a poseer su propia Chora circundante, una vez que el primitivo asentamiento se trasladó a tierra firme...*» (Wagner 1982: 332-3)! Então como é?! Será que admite apenas certos factos quando referidos por si próprio?

A forma preconcebida, despeitada e apressada como aborda o meu trabalho reflecte-se quando, por exemplo, tenta demonstrar em várias passagens que ignoro vários trabalhos, entre eles o de María Eugenia Aubet de 1977-78, arqueóloga por quem tenho a maior consideração e admiração pela honestidade e consciência de sua investigação. Não só o faço sistematicamente, como lhe junto a versão original que aparece na obra dirigida por Niemeyer em 1982, *Phonizier im West*. Isto, não apenas porque o trabalho que aparece na *Pyrenae* é posterior —a própria autora diz tratars-se da tradução espanhola do seu trabalho em *Phonizier im West*— como este é mais completo com mapas e notas que não aparecem na versão espanhola!

Enfim a sua posição de «historiador», que possivelmente considera mais certa que a dos arqueólogos, leva-o a desprezar displicentemente a investigação concreta destes, como vemos aqui e na crítica que faz à obra *Los*

Fenicios en España (Olmos y Aubet, 1986). Não passamos todos de simples positivistas. Seria talvez interessante lembrar-lhe as palavras simples e sinceras do grande historiador que foi Moises Finley, agradecendo aos arqueólogos a sua contribuição para um melhor entendimento da civilização Grega no prefácio de *Early Greece the Bronze and Archaic Ages* (1981).

Certamente para C. G. W. os argumentos e cronologias bíblicas apresentam uma veracidade muito superior às frias datações de Carbono 14, os argumentos circulares em torno dos diversos fragmentos que nos chegaram das Fontes Clássicas, muito mais interessantes e fructuosos!

A Bíblia contém, certamente, factos que foram verídicos e as Fontes Clássicas contêm mais informações concretas, mas deverão, elas também, ser objecto de uma análise crítica. E o facto de Justino ter mencionado a existência de um mito na criação Tartessos é em si mesmo um facto importantíssimo para nos assegurar da importância e prestígio que Tartessos gozava entre os povos seus contemporâneos. Não interessa aqui discutir a veracidade, total ou parcial, de toda a narrativa. Interessa sim o facto em si. Não para extrair uma verdade absoluta, mas para salientar que, tal como para Romanos e outros povos da Antiguidade, também fora conferida a Tartessos a honra de ser considerado como tendo uma origem sobrenatural e lendária. Só para quem se incomoda reconhecer o desenvolvimento real dos povos Ibéricos, como parece ser o caso de C. G. W., é que pode recusar tal argumento. Na verdade, só este facto, é já prova que aqueles «indígenas» não eram tão primários nem atrasados como G. W., e muitos dos seus amigos, querem fazer crer, e que como mito continha certamente factos verídicos, que aliás não se contradizem com uma análise «positivista» da evolução normal dos povos europeus.

Poderia continuar a rebater sistematicamente as falhas que me são apontadas, mas não vale a pena. Todas as afirmações ali contidas foram testadas pela informação disponível ao tempo, observadas sob todos os pontos de vista, comparadas com o que realmente se passava nas áreas correlacionadas e finalmente discutidas com o meu orientador Prof. Anthony Snodgrass, por acaso um dos escavadores de Motia. Poderão novos elementos, novas investigações trazer algo de novo, mas no que diz respeito ao Sudoeste Peninsular não vejo que grandes alterações possam surgir em relação ao processo histórico ali desenrolado, nem quanto aos seus protagonistas. Certamente este difere do que se terá passado na Andaluzia oriental e meridional, e mesmo aí as opiniões são divergentes nas respostas a Quem? Como? Quando? esse processo se desenrolou. No entanto, ainda está por resolver, porque é que as «colónias» fenícias da costa de Málaga desaparecem totalmente como centros habitados a partir do século V a. C., só retomando vida na época Republicana, quando afinal, a crer nas teses de C. G. W., elas tinham como principal função a exploração e comercialização dos recursos económicos do seu imediato *hinterland*!

Enfim, a personalidade de González Wagner deverá, certamente, estar por detrás deste tipo de argumentação em que são práticas comuns: o uso e contra uso de argumentos que afinal ele próprio usou ou vai usar; o citar de um grupo restricto de amigos que usam do mesmo tipo de argumentos e o óbvio desprezo pelo trabalho arqueológico bem patente na crítica azeda de obras que depois, no meu caso, vem citar como exemplos —o caso de Aubet 1986, de Bunnens 1986, por exemplo (González Wagner, 1987 e 1988).

Enfim, mau é certamente o ambiente que se vive em Espanha entre os diversos especialistas e ramos de especialidade, aspecto reflectido em Alvar (1988: 429) que declara não se querer meter na contenda quanto à data da fundação de Cadiz! Dá a impressão que longe de efectuarem uma investigação profunda e objectiva, estabelecem antes uma guerra sem quartel entre as diferentes facções, na qual, porém, não pretendo envolver-me.

TERESA JUDICE GAMITÓ
Universidade de Algarve.

BIBLIOGRAFIA

- ALVAR, J. (1988): «La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el estrecho», *Cong. Int. El Estrecho de Gibraltar, I*: 429-443. Madrid.
- AUBET, M.^a Eugenia (1978): «Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico». *Pyrenae*, 13-14: 81-107.
- (1981): «Sepulturas de la Edad del Bronce en la Mesa de Setefilla (Sevilla)». *MM*, 22: 127-149.
- (1982): «Zur Problematik des orientalisierenden Horizontes auf der iberischen Halbinseln». *Phonizier im West*, H. G. Niemeyer (ed.), MB: 309-335.

T. P., 1992, nº 49

- (1986): «Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas». G. Olmo y M.^a E. Aubet (eds.): *Los Fenicios en la Península Ibérica*. Barcelona: 9-30.
- BUNNENS, G. (1986): «Le rôle de Gades dans l'implantation phénicienne en Espagne». En G. Olmos y M.^a E. Aubet (eds.): *Los Fenicios en la Península Ibérica*, Barcelona: 187-190.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Boccard, Paris.
- FYNLEY, M. (1981): *Early Greece: the Bronze and Archaic Ages*. London.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1983): «Aproximación al proceso histórico de Tartessos». *AEA*, 56, 3-36.
- (1986): «Tartessos y las tradiciones literarias». *RSF*, XIV, 201-228.
- (1986b): «Notas en torno a la aculturación en Tartessos». *Gerión*, 4: 129-160.
- (1987): «Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. A propósito de una publicación reciente». *Gerión*, 5: 317-344.
- (1988): «Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios al este del estrecho». *Cong. Int. Estrecho de Gibraltar*, I: 419-428. Madrid.
- (1989): «La jefatura como instrumento de análisis del historiador cuestiones teóricas y metodológicas». *Espacio y organización social*. Madrid: 91-108.
- JÚDICE GAMITO, T. (1986): *Social Complexity in Southwest Iberia (8th-3rd cents. B.C.) - aspects of evolution and interaction*. PH.D. Dissert. University of Cambridge.
- (1985-1986): «Social and economic complexity in SW Iberia (800-500 B.C.)». *Veleia*: 449-467.
- (1988): *Social Complexity in Southwest Iberia (800-300 B.C.) - the case of Tartessos*, BAR, Oxford.
- MUZZOLINI, A. (1988): «Les chars des stèles du Sudouest de la Peninsule Ibérique, les chars des gravures rupestres du Maroc et la datation des chars sahariens». *Cong. El Estrecho de Gibraltar, Ceuta*: 361-380. Madrid.
- NIEMEYER, H. G. (1982): *Phonizier im West*. MB. Mainz.
- (1984): «Die Phonizier un die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers». *Jahrbuch des Romisch-Germanischen Zentral Museum*. Mainz: 3-94.